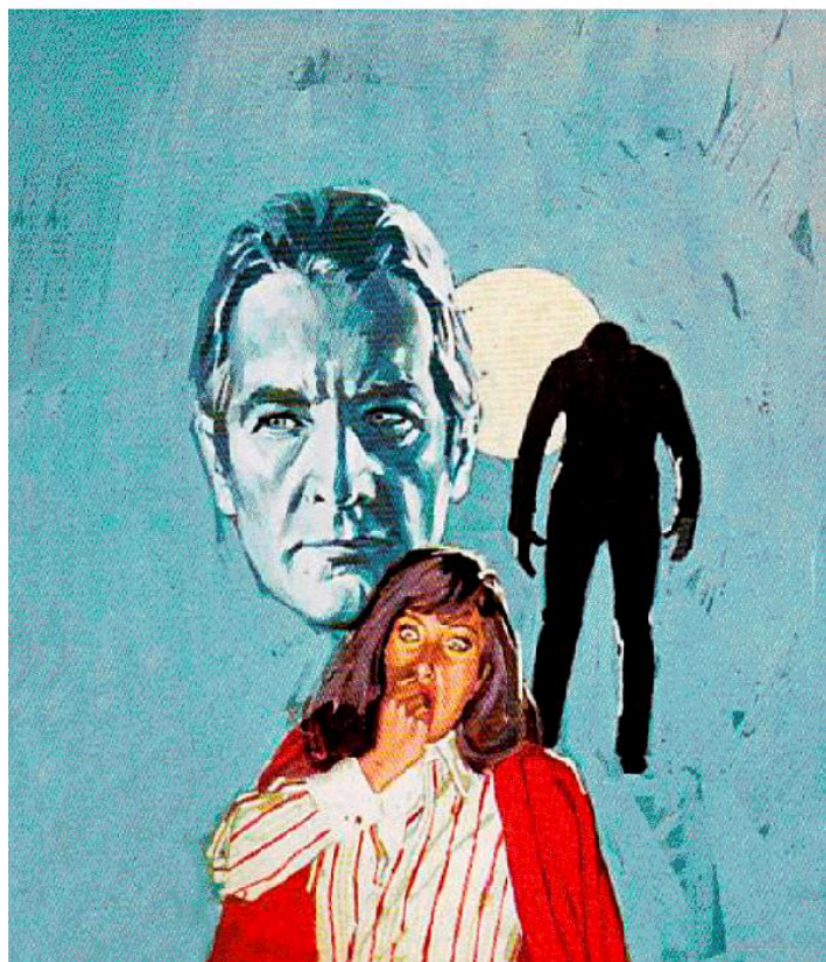




la helada voz de los muertos

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

LA HELADA VOZ DE LOS MUERTOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 642
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 26.367 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1974

© CURTIS GARLAND, 1974

texto

© JORGE SAMPERE, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.249 - Asesinato en el Mundial-74.

En Colección PUNTO ROJO:
621 - Muere, querido lector.

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRINCIPIO DE LA PESADILLA

Creo que aquel día empezó todo.

Trivialmente, de un modo insospechado, como empiezan siempre todas las cosas, trascendentes o no. Yo no lo sospeché en ningún momento. Entre mis dotes, no se encuentra la premonición. Tengo corazonadas, presentimientos de vez en cuando, pero eso es todo.

Hubiera hecho falta algo más que una corazonada o un vulgar presentimiento para anticiparse a lo que iba a ocurrir.

Y, por supuesto, no fue así. Como cualquier persona normal, fui sorprendido por el curso de los acontecimientos. Un detective privado, al menos en la vida real, no es ningún superhombre ni posee dotes especiales que le diferencien de los demás. Palabra que no.

De modo que cuando vi a la mujer, no supe que todo se iniciaba justo en aquel momento. Quizá de haberlo sabido, hubiese echado a correr como un alma perseguida por Lucifer, y hubiera tirado al primer cubo de basura que hubiese encontrado en mi camino, mi licencia profesional y mi pistola reglamentaria, dedicándome a cualquier otra actividad, desde la de vendedor de periódicos a la de repartidor de botellas de leche a domicilio, pongo por caso.

Pero no lo supe. Y el destino siguió su curso.

Vi a la mujer. No escapé del diablo. Y pagué las consecuencias.

Quizá porque la mujer era hermosa. Porque la mujer se echó en mis brazos, y me ofreció sus labios entreabiertos tentadoramente. Porque me besó con pasión, adhiriendo su boca a la mía igual que una ventosa.

¡Y qué ventosa!

Lo malo es que eso duró solamente unos segundos.

Unos segundos durante los cuales escuché unas pocas palabras en voz alta, cálidas y apasionadas, que me sirvieron de impacto, mientras un alto voltaje muy respetable sacudía mi cuerpo, entre los brazos de la bomba rubia:

—¡Oh, cariño! Al fin estamos juntos de nuevo... Te amo, mi vida... Vuelves a ser mío...

Aunque hubiera querido responder algo, no me hubiera sido posible. Mi boca estaba totalmente ocupada por la dulce tarea de devolver a aquellos labios carnosos, húmedos y apetecibles, el contacto por ellos iniciado.

Luego, más borrosamente, mientras las balbuceaba justo contra mi propia boca, capté algunas palabras más, moduladas angustiosamente por aquellos sabrosos labios de una mujer rubia joven y exuberante:

—¡Por favor! ¡Ayúdeme! ¡Finja, se lo ruego! ¡Se traía de mi vida! ¡De «nuestra» vida, acaso! ¡Estoy en peligro, Dekker!...

Parpadeé, asombrado, mirando el corredor desierto de aquel piso de oficinas. No vi nada alarmante. No vi tampoco a nadie. Pero si el fingir formaba parte de aquel juego, no era nada desagradable. Sentir entre los brazos, pegado a uno, un cuerpo de muchacha rubia de no más de veinticinco años, con un busto y unas caderas dignas de *Miss* Universo, besando apasionadamente en los labios, era un sacrificio hartamente amable.

Lo peor es que, sólo unos instantes más tarde, aquella bomba rubia estaba muerta.

Muerta en mis brazos.

Y eso, ya no resultaba tan amable ni tan divertido.

Muerta.

Traté de entenderlo. No lo conseguí.

Seguía sin haber nadie a la vista. Seguía sin ver ni captar a persona alguna en la vecindad. Sólo puertas cerradas. Oficinas que me eran familiares. Algunas, alquiladas de siempre a los mismos arrendatarios. Otras, que cambiaban frecuentemente de inquilino. Pero ni una persona, conocida o no, en cuanto abarcaba la vista.

Sin embargo, supe que estaba muerta. Rápida y terriblemente muerta.

Poco antes, apenas dos, tres o cinco segundos antes, estaba llena de vida, palpitante su cuerpo turgente, de curvas opulentas, ceñido por mis brazos sin ningún disgusto. Ahora, no era más que un hermoso cadáver.

Muy hermoso, eso sí. Pero también muy pesado para mis brazos, cuando dejó de sostenerse por sí mismo sobre su propio pie.

La boca había quedado entreabierta, como prolongando su beso más allá de la misma vida, en una imposible dimensión para las caricias humanas. Los ojos vidriados, eran ahora redondos, fríos y más azules que nunca.

No miraban a ninguna parte. Aunque lo hubieran hecho, no hubiesen visto nada. Sencillamente se fijaban en el vacío, con la ausencia de luz y de expresión que siempre tienen los muertos.

Respiré hondo. Mis manos siguieron aferrando la espalda y las caderas de la mujer. Pero ya no había nada especial en aquel contacto, repentinamente triste, amargo y penoso. Por muy hermosa y muy mujer que hubiera sido cuando vivía... ya no era nada. Sólo un cuerpo sin vida, sostenido todavía por mí, en mi propio pasillo. La sujeté contra mí, como el más devoto amante. Algo húmedo corría por mis dedos, apretados contra su espalda. Los miré, evitando dejar caer el cadáver.

Mis dedos estaban manchados de rojo. También su blusa y su chaqueta. Rojo de sangre.

La arrastré al interior de la oficina. Miré de nuevo en todas direcciones, angustiado. Cerré luego, con una patada, y respiré con alivio cuando chascó el pestillo al golpe. Ya nadie podría abrir, a menos que derribase la puerta.

Conduje el cuerpo al sofá tapizado de color verde intenso. Lo deposité allí. Pudorosamente, cubrí sus muslos con la falda que, aunque breve, tapó sus formas discretamente. Abotoné también su blusa. Sus senos macizos ya no eran atractivos. Nada es atractivo realmente cuando está muerto.

—Que me fríen en la silla eléctrica si lo entiendo —mascullé.

Me estremecí, pensando que en San Francisco era la cámara de gas y no la silla lo que podía dar fin a la vida de un condenado. Para el caso, era lo mismo. No me gustaba ni un modo ni otro de morir.

Morir...

La idea era una simple asociación de pensamientos confusos y torpes. Miré de nuevo a la visitante que, sólo un momento antes, pulsó el botón de mi llamador. Ahora yacía sin vida en mi oficina. Ni siquiera supe a qué vino a verme.

La escena apasionada y absurda del corredor parecía ridícula. Y falsa. ¿Por qué la interpretó tan a conciencia? ¿Para advertirme de un peligro entre dientes? Un peligro real, sin duda. De otro modo, ella no estaría muerta ahora.

La idea de un error era imposible. Recordé una de sus frases, la última que oí salir de aquellos labios carnosos y muy rojos:

«¡Estoy en peligro, Dekker!...».

Peligro... Peligro de muerte, sí. Luego, había captado aquella especie de convulsión que la apretó más contra mí. Yo pensé entonces en... en un detalle más de su ficción. Pero, luego, ella estaba muerta.

Muerta.

No, no tenía sentido. Aún no.

Giré el cuerpo, tras enjugarme el sudor de la frente con un áspero manotazo. La miré, puesta de espaldas contra el sofá. No me había equivocado. Auscultarla poco antes, había sido negativo. Examinar su nuca, tocar su cuello, me confirmó que no tenía el más mínimo aliento vital. Aquel cuerpo ya no se movía en absoluto.

Estudí su sangre en la espalda. Bajé la chaqueta cuanto pude. Observé la señal roja en la blusa, sobre la tersa piel de su espalda. Debajo de esa blusa, solamente había un corpiño que había sido demasiado breve para sus opulencias. La sangre venía de una herida a la altura de los pulmones. Una pequeña, redonda herida en medio de su espalda...

Contemplé el orificio, la mancha creciente de oscura sangre roja. Sacudí la cabeza.

—Cielos, ¿qué puedo hacer ahora? —murmuré.

Mis ojos se fijaron en el teléfono, sobre mi mesa.

El teléfono. La policía. El teniente Corey... Un feo asunto. ¿Cómo podía explicar yo aquello?

Mis ojos volvieron al cadáver. A su cabello rubio, muy claro, liso, largo, sedoso. Quizá teñido. A sus brazos colgantes. Sus brazos. Y el bolso.

El bolso había caído sobre la alfombra del despacho. Era de

cadena delgada, dorada. De charol gris. Me incliné, dubitativo. Tal vez era mejor averiguar más cosas, antes de empuñar el teléfono y marcar el inevitable número...

Tomé el bolso. Lo abrí. Antes, me había protegido las manos con un pañuelo. Manipulé sin dejar huellas, vaciando el contenido en la alfombra.

Una caja de maquillaje, una barra de *rouge* labial, un llavero, unas monedas, fotografías pequeñas en color, tamaño estándar, unas carteritas de fósforos, billetes de Banco de cinco, diez y veinte dólares, una licencia de conducir y una tarjeta de Seguridad Social, a nombre de Velda Latimer..., y un pequeño monedero. Lo abrí con cautela. Aparecieron más monedas, una llave con una chapa de aluminio rotulada con el número 123... y un cheque bancario.

Lo desplegué cuidadosamente.

Un cheque por valor de mil dólares.

A nombre..., a nombre de Dale Dekker.

Y yo era Dale Dekker.

Mil dólares.

Lo examiné, pensativo. Leí mi nombre, correctamente escrito. La firma era legible: Velda Latimer.

El Banco no estaba lejos de mi oficina, en la propia zona comercial de San Francisco.

—Mil dólares... —me repetí—. Pero..., ¿por qué? ¿Por qué?

Y mentalmente, repasé la cantidad de facturas, deudas y compromisos que podría cubrir con aquellos mil dólares, dejando incluso un resto para gastos. Era una solución a corto plazo para todos mis atrasos. Sólo que... no tenía sentido.

Yo nunca traté antes a aquella hermosa rubia muerta. Nunca conocí a una Velda Latimer.

Sin embargo, el cheque era correcto. Esperaba que también hubiera fondos para responder de él, en caso de haberlo percibido a cambio de una tarea, de un trabajo profesional. Evidentemente, eran mis honorarios. Mis honorarios... ¿a cambio de qué?

Tal vez nunca lo sabría. Si ella era la única en saberlo, no podría revelármelo jamás. Los muertos no hablan.

O, cuando menos, eso pensaba yo entonces.

Con el cheque, había caído algo más. Un papel doblado. Muy

doblado.

Lo desdoblé.

No contenía mucho. Unas pocas líneas escritas. Unas líneas a mano, apresuradas, con letra mayúscula.

No aclaraban mucho. E incluso abrían nuevos enigmas, nuevas incógnitas que no logré entender:

DALE DEKKER

Pine Street, 1044, 8. G.

1.0 dólares.

(WILBURN STAHL 5.0 dólares)

Investigación: Caso SPECTRUS.

Era todo. Un llamado «caso Spectrus» que no tenía fácil traducción. Mi nombre, mi dirección —la de mi oficina, cuando menos—, la suma de aquel cheque bancario... y el nombre de alguien muy importante, unido a otra suma de cinco mil dólares: Wilburn Stahl.

Wilburn Stahl, el magnate. El multimillonario más famoso del país. Rey del petróleo, de la industria, y de muchas otras cosas. Acostumbraba a vivir largas temporadas en el extranjero, preferentemente en Inglaterra. Despreciablemente rico, y despreciablemente poderoso. Es lo que sabía de él.

Ahora, sabía algo más: se relacionaba de alguna forma conmigo, evidentemente. Y con la chica muerta.

Wilburn Stahl había sido gobernador de un Estado. Había estado a punto de ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Y muchas cosas más, todas ellas por el estilo. Se le recibía en las Cortes europeas, cada vez más escasas y más anacrónicas. Se le dedicaban páginas enteras en toda clase de publicaciones, incluso en las escandalosas. Un día, secuestraron a un familiar suyo y pidieron una enorme suma por él. Wilburn Stahl, perfecta imagen del magnate deshumanizado, insensible, el Míster Midas de nuestro tiempo, había rechazado de modo sistemático toda ayuda, todo rescate. Se le devolvió a la familia el cadáver del secuestrado. Aparentemente, y quizá por desgracia realmente, el prohombre no se inmutó ni dejó de ser por ello un feliz hombre bañado en oro.

El simple nombre de Wilburn Stahl, me produjo náuseas al leerlo en aquel papel. Pero incluso su nombre de nefasto y triste ejemplo

de nuestra humana sociedad actual, quedaba relegado a un segundo término, ante una realidad más directa y tangible para mí: una muchacha rubia, que parecía llamarse Velda Latimer. Muerta, posiblemente asesinada, en mis brazos. En escasos segundos de contacto físico. En un momento dramático e increíble, en el umbral de mi rutinaria y triste oficina de tercera fila, en un distrito comercial de la ciudad, no lejos de Market.

Me acerqué a la ventana. Miré al exterior. La calle, bajo la gris llovizna de un día nublado, brumoso y triston, no me reveló nada especial. Solamente un coche aparcado frente a mi edificio. En la acera misma. Tal vez el coche de aquella muchacha muerta.

Volví a la puerta de la oficina, esta vez con mi automática en la mano. A través de la mirilla recorrí el breve fragmento de corredor visible. Nada especial. Nada inquietante ni extraño. Nadie tampoco. Ni un ruido.

Y, sin embargo, mi mente empezaba a funcionar a mayor presión. Ataba cabos, llegaba a conclusiones...

Ella había llegado allí llena de vida. Y con un cheque de mil dólares para mí. Buscaba a Dale Dekker. Y Dale Dekker era yo. Iba a pagarme por algo. No pudo decirme nada. La asesinaron cuando fingía encontrarse conmigo como si yo fuera su amante, y no un frío profesional de la investigación privada.

Alguien no se tragó ese anzuelo. Y la mató.

¿Cómo lo hizo?

Examinando su cuerpo, casi podía asegurarlo. Había dos posibilidades: o un arma de muy pequeño calibre, no más de un calibre 22, provista además de silenciador, o una cerbatana.

Una diminuta bala silenciosa, o un dardo penetrante, disparado también de forma silenciosa. ¿Desde dónde?

Abrí la puerta de mi oficina. Estaba seguro de esa respuesta. Salí, cerrando de golpe tras de mí. Corrí a la puerta de enfrente. Leí sus letras plateadas, muy nuevas, puestas acaso el día antes sobre su vidrio esmerilado:

Agencia de colocaciones

ACME

Máxima discreción

Llamé en la vidriera. Eran horas de oficina. No contestó nadie,

sin embargo.

Tomé una ruda decisión. Pegué un culatazo en su vidrio, quebrándolo ruidosamente. Me aparté, en previsión de cualquier contingencia. No sucedió nada. Asomé. Siguió sin ocurrir cosa alguna.

Abrí la puerta, pasando el brazo por el boquete, y accionando el pestillo de seguridad. Empujé la puerta, pistola en mano. Entré, resuelto a lo que fuese.

La oficina estaba completamente vacía, No había máquinas de escribir, ni tan siquiera papel, documentos, archivos o cosa alguna. Sólo mesas metálicas desiertas. Y polvo en todas ellas. Una, mostraba la huella de una mano, sobre la película polvorienta de su superficie. La examiné de cerca. No ofrecía posible identificación. Era una huella ancha, uniforme.

La huella de una mano enguantada.

Miré al suelo. Había pisadas. Una suela rayada, tosca. Unas señales anchas, planas. Se debía ser muy lerdo para no identificarlas como hechas por unos chanclos de goma. Propios para la lluvia. Propios también para no dejar señales identificables en parte alguna.

Avancé de nuevo hasta la puerta, tras comprobar que la oficina no sólo estaba vacía y sin funcionar, sino que así debía llevar largo tiempo.

Me pegué a la puerta, tras cerrarla. Incliné la cabeza hasta el orificio de la cerradura. Miré a través de él.

Sólo encuadraba un círculo visual: mi puerta, justamente.

Respiré hondo. Estudié los bordes del ojo de la cerradura. Observé rayados, roces en el metal. Algo se había apoyado allí, provocándolos. Algo también metálico.

¿El cañón de un arma de fuego? ¿Un tubo de acero provisto de un sistema disparador de muelle quizá?

De cualquier modo... el arma de un asesino.

Un asesino que ya no estaba allí. Que no volvería nunca, si era medianamente listo. Y yo empezaba a sospechar que era algo más que eso.

Regresé a mi oficina. Dejaba tras de mí la vidriera rota. Y me esperaba en mi oficina el cadáver de una muchacha a quien no llegué a conocer muy a fondo, por desgracia para ambos.

Había tomado una decisión. Y así, unos minutos más tarde, presentaba en el Banco el cheque firmado por Velda Latimer. Me identifiqué ante el cajero. Sin el menor obstáculo, recibí mil dólares en billetes de cincuenta.

Con el fajo de moneda legal, salí a la calle, pensativo. Guardé el dinero. Me sentía culpable de muchas cosas en ese momento. Pero aquel dinero era como un depósito. Los muertos no necesitaban dólares. Yo, sí.

Pese a todo, esperaría. Si hacía algo por una chica rubia y sinuosa, llamada Velda Latimer, aun después de muerta, habría ganado esos mil dólares honradamente. Si no... volverían a ella, aunque sólo fuesen para su funeral.

Volví a mi calle. El coche seguía parado ante el número 1044 de Pine Street. Ante el edificio de mi oficina. Era un «De Soto» azul oscuro, modelo del año anterior. Examiné su tarjeta de circulación.

Estaba a nombre de Velda Latimer, llevaba las llaves en el bolsillo. Abrí la portezuela.

Entré en el coche. Cerré, contemplando el volante, el tablier, los asientos tapizados de azul cobalto, confortables y cuidados.

Empecé a examinar los documentos que había en los compartimentos del vehículo. Todos a nombre de Velda Latimer.

Había algo más en el tablier: una pequeña pistola automática, niquelada, con cachas de nácar. Calibre 22. La tomé con mis dedos protegidos por un pañuelo. Olfateé. No olía a pólvora. No se había disparado últimamente, eso era cierto. Tampoco había esperado otra cosa.

Tras la pistola, vi el sobre cerrado. Largo, color marrón suave. No mostraba nombre alguno en su superficie limpia. Lo examiné, reflexivo. Cuidadosamente, lo abrí con un delgado y afilado instrumento que extraje de mi llavero especial.

Dentro, encontré la suma de dinero.

Eran solamente cinco billetes.

Pero de mil dólares cada uno.

—¡Cinco mil! —Silbé entre dientes.

Los examiné, atento. Nuevos, crujientes. Deslumbrantes. Pero sin numeración correlativa ni cosa parecida. Los envolvía un papel doblado, donde alguien había escrito a máquina unas líneas casi cabalísticas para mí:

«5000 dólares para Dale Dekker.
»Fírmese recibo adjunto y devuélvase».

Tras el papel y los billetes, dos papeles: uno blanco y otro amarillento, simple copia. En ambos, la suma apuntada. Mi nombre como destinatario. Y el del remitente que me hacía entrega graciosa de la cantidad allí guardada:

«Stahl Amalgamated Co. (Por orden: B. Edwards)».

Lo entendía cada vez menos. Pero tenía en mis manos seis mil dólares, cuando sólo media hora antes debía seiscientos cincuenta dólares, tenía que pagar doscientos setenta de oficina cuarenta y ocho horas más tarde, y necesitaba comprarme un traje decente, al menos una semana después, si no quería que el actual se desmoronase de puro viejo y retocado en las lavanderías.

Ahora podía hacer todo eso y más. Disponía de dinero suficiente para sentirme incluso importante. Pero era un dinero absurdo, imposible. No había hecho nada por ganarlo. Sólo recibir un hermoso cadáver femenino en mis brazos, romper una vidriera, cobrar un cheque sin merecerlo, entrar en un coche ajeno y abrir un sobre cerrado que no tenía destinatario, aunque algo en todo ello justificaba mis actos:

Los mil dólares iniciales, eran en un cheque a mi nombre. Los cinco mil, llevaban un recibo que yo debía firmar a Stahl Amalgamated Company, la empresa fundamental del fabuloso Wilburn Stahl.

Seguía sin tener sentido. Pero los seis mil dólares eran tangibles y de curso legal. Para un detective privado de segunda fila, necesitado de dinero, lleno de deudas y que no había cometido hasta el momento delito alguno, para ser legal poseedor de aquellas sumas, era excesiva tentación.

Hice lo que cualquier otro hubiera hecho en mi caso: firmé el recibo. Salí del coche, y entré en un estanco, adquiriendo un sobre. Lo franqueé, y lo deposité en un buzón cercano a mis oficinas.

Relativamente satisfecho conmigo mismo, regresé a mi oficina con los seis mil dólares. Era el momento de llamar al teniente Corey e informarle escuetamente de la existencia de un homicidio en mi propio despacho.

Juro que era mi idea. Iba a hacerlo.

Pero apenas crucé de nuevo la puerta de mi oficina, tras abrirla con la doble vuelta de mi llave, ocurrió lo imprevisible.

Algo se estrelló en mi nuca. Creí que mi cráneo reventaba.

Un estallido de luces cegó mis ojos y nubló mis sentidos.

Luego, una oscuridad densa e infinita me absorbió. Dejé de pensar, de sentir, e incluso de ser.

Era la nada. O algo muy parecido.

CAPÍTULO II

CARRUSEL MACABRO

Después de la nada, siempre hay algo.

Después de la oscuridad, se dice que llega la luz. O viceversa.

Para mí, todo fue así. Vi algo. Y vi luz. Cuando menos, supe que seguía existiendo.

La existencia estaba demostrada por aquella luz que hería mis ojos al abrirse, cegándolos casi. Y por la presencia de objetos que me eran familiares: mi mesa de trabajo, mis muebles, mi teléfono, mis cuadros en los muros, casi todos ellos litografías de poco precio, dispuestas para darle cierto aire acogedor a los muros desnudos.

Pero eso no significaba que todo estuviera en orden, a fin de cuentas. Pensé que podía haber algo anormal allí. Y ese algo podía significar mucho para mí. Quizá demasiado.

Me toqué las ropas, palpé mis bolsillos...

Allí estaba el dinero. Los seis mil dólares, intactos. Respiré hondo. Era un gran alivio, después de todo.

Me puse de rodillas, sacudiendo la cabeza. Llevé la mano a mi nuca. Me toqué. Al retirar los dedos, éstos aparecían manchados de rojo oscuro. Sangre en mis cabellos. Era lo que los mojaba levemente.

El golpe había sido duro. Muy duro. No dolía mucho, pero había herido donde cayera el impacto de algo contundente. Mis ojos recorrieron la oficina, aturridos aún. También mi mente estaba sumida en la desorientación. Lo vi todo normalmente. No parecía haber cambiado cosa alguna: ni muebles, ni objetos, ni papeles... Nada. La mesa, las sillas, el archivador, el título de investigador privado con su marco, el sofá, la ventana asomada al lluvioso día nublado y triste...

¡El sofá!

Creo que se desorbitaron mis ojos. Oí mi imprecación, sorda y áspera entre dientes. Me incorporé con violencia, corrí al mueble, lo palpé, hundiendo mis dedos crispados en el tapizado color azul cobalto...

El sofá...

Estaba como siempre estuviera. Como yo lo conocía de cada día. Y ahí estaba lo peor. Ahí estaba lo increíble.

Del cadáver de la rubia y seductora Velda Latimer... no había el menor rastro.

Al otro lado del hilo, la voz retumbó con aspereza:

—Dale, ¿no está borracho?

—Juro que no probé hoy un solo trago —y no mentía—. Howard, tiene que creerme.

Estoy perfectamente sobrio y normal.

Pues no lo parece —rezongó—. ¿Dice que hubo una víctima en su propia oficina?

La hubo, sí. Una muchacha joven, rubia, preciosa. La asesinaron en mis brazos.

—Y ella era...

—Velda Latimer. Es lo que dicen sus documentos. Y los de su coche.

—¿Su coche?

—Está abajo, ante el edificio. Lo he comprobado ya, teniente.

—Muy bien. La historia suena descabellada por completo. Usted recibió a una chica que se le muere en los brazos. Baja a comprobar que es el coche de ella el que permanece aparcado ante el edificio. Regresa, y le golpean en la nuca, derribándole sin sentido. Al volver en sí, ella ya no está. El cadáver ha desaparecido, sin dejar el menor rastro.

—Exacto, teniente. Así ha ocurrido todo.

—Estupendo. Es una historia de lo más normal —ponderó el teniente Howard Corey, de la División de Homicidios de la Metropolitana de San Francisco, con un sarcasmo evidente en su tono—. ¿Quién le ha sugerido ese argumento? ¿Algún guionista de televisión con síntomas de neurosis?

—Búrlese cuanto quiera, teniente, pero son los hechos escuetos.

—Ya. ¿Algún indicio del homicidio en su despacho?

Miré el sofá azul cobalto, impoluto. Ni una leve huella de sangre. Cierto que el cadáver de la hermosa bomba rubia no había sangrado gran cosa. Negué, desalentado:

—No, pero...

—¿Huellas en el suelo, en algún punto de la oficina?

—No...

—¿Y el coche? ¿Sigue en la calle?

Avancé hasta la ventana, estirando el cable telefónico hasta su límite. Asomé tras la vidriera donde la tarde lloraba lágrimas de lluvia. Sacudí la cabeza, desmoralizado por completo.

—Cielos, tampoco... Pero tiene que haber alguna prueba, teniente. Seguro que la habrá...

—Seguro —rezongó con evidente mal humor el oficial de Homicidios—. Valdrá más que la haya localizado cuando yo esté ahí, muchacho. Sabe que no me gusta molestarme en vano, y menos con un detective privado como usted, que ya me buscó lós considerables en otras ocasiones.

—Teniente, yo le aseguro que...

No le aseguré nada. Había colgado. Colgué también, frotándome luego los dedos ateridos. Hacía frío en la oficina. Por alguna razón, la calefacción funcionaba mal, el día era húmedo y lluvioso, y yo había llevado tal vez una o dos horas tumbado en el suelo de mi oficina, sin conocimiento. Para entrar en calor, abrí mi archivador. No consulté ningún dato. En vez de ello, tomé un trago del frasco que guardaba allí. Era un buen *bourbon* de Kentucky, y su cálido contacto en mi garganta y estómago me devolvió parte de la moral hecha trizas.

Recordé cierta suma de dinero, cierto recibo. Y ni corto ni perezoso, consulté mi guía telefónica. No era difícil hallar la Stahl Amalgamated, ni mucho menos. Lo malo es que ocupaba casi una página entera de la guía, y había que elegir al azar entre un centenar largo de números diversos.

Al fin, tras seis o siete intentos, di con uno donde me dieron una respuesta relativamente concreta.

—¿Con quién desea hablar, señor? —me preguntó la fría, monocorde voz de una profesional de las centralillas telefónicas.

—Con el señor Edwards —dije, escueto, repitiendo una frase ya pronunciada antes en diversas ocasiones, y que me hacía ir de

número en número, como perdido en un laberinto telefónico.

—¿Edward? ¿Se refiere, acaso, al señor Brick Edwards?

—¿Brick Edwards? —recordé la letra B del nombre, y asentí—. Sí, seguro que sí, señorita. Brick Edwards en persona, no hay duda.

—Lo siento, señor. El señor Brick Edwards, secretario personal del señor Stahl, se halla ausente en este momento, pero ésta es la secretaría de Stahl Amalgamated. Si quiere darnos sus datos personales y solicitar una entrevista personal, le daremos una respuesta telefónica dentro de diez o quince días, detallándole la decisión del señor Edwards al respecto y también...

—Señorita, no hacen falta muchos datos —corté—. Dígale al señor Edwards, urgentemente, que la señorita Velda Latimer ha sido asesinada, que el detective privado Dale Dekker ha denunciado su muerte a la policía, aunque el cadáver ha desaparecido, y que he cobrado ya los mil dólares de ella y los cinco mil de Stahl Amalgamated, por ocuparme de un caso que desconozco. Eso es todo. Hallará mi teléfono profesional y privado en la guía telefónica. Recuerde: Dale Dekker, detective privado. Buenas tardes.

Colgué, sin esperar respuesta alguna. Imaginé, riendo de buena gana, el estupor de la telefonista de turno. Pero mi risa duró poco. El recordar a Velda Latimer, muerta en mis brazos, le quitaba la risa a cualquiera. Y además de eso, cuando reía me dolía mucho la herida de la nuca, pese al mercurocromo y el esparadrapo aplicado sobre la herida.

La tarde era condenadamente oscura, fría, húmeda y triste.

Lo menos adecuado para levantar mi ya decaído ánimo. Me dejé caer en un asiento, encendí un cigarrillo y me puse a reflexionar sobre un montón de cosas que no entendía.

La llamada en la puerta me sobresaltó, arrancándome de mis reflexiones, tan sombrías como la propia tarde californiana.

Me incorporé, yendo a abrir.

—Hola —saludó Howard Corey con voz lánguida.

—Hola —le respondí, estudiándole curioso.

Entró en mi oficina, seguido de un individuo vestido como él mismo, con una gabardina gris, vulgar. Era más bajo y rechoncho que él, llevaba un estuche negro, de piel. Imaginé que era el experto de turno.

Corey era un hombre de largas piernas, zancada segura y rostro

largo y apático, que no parecía mostrar el menor interés por nada de cuánto lo rodeaba. Porque lo cierto es que Corey sí prestaba toda su atención a todo, y permanecía siempre alerta bajo aquella apariencia de indiferente que, tal vez, fuese una de sus mejores armas. Los grises ojos no perdían detalle, y su mente los registraba con minuciosidad exhaustiva.

Al abrir la boca, su mentón colgaba como si pendiera aburridamente de una fea percha. La voz, incolora y cansina, producía impresión de hastío por todo. Era otro de sus engañosos aspectos superficiales. Pero a mí no iba a engañarme.

—Bueno, ¿dónde estuvo por última vez el cuerpo? —indagó, fijando en mí como por simple azar su mirada color pizarra.

Señalé el sofá azul, encogiéndome de hombros.

—Estaba ahí cuando me golpearon —expliqué—. Desde que sentí que estaba muerta entre mis brazos, la deposité en ese sofá, sin tocarla.

—Ya —hizo un gesto elocuente a su auxiliar, que asintió, disponiéndose a trabajar sobre el tejido de aquel sofá. Corey continuó hablando conmigo, mientras paseaba por mi oficina distraídamente—. ¡Ahora!, Dale, ¿por qué no me cuenta con detalle toda la historia, por si me es posible entenderla?

Se la conté, omitiendo ciertos detalles. Detalles por valor de seis mil dólares, exactamente. El me escuchó atento, pero sin mirarme apenas, como si cualquier cosa de mi oficina tuviera para él más interés que mis propias palabras.

—¿Eso es todo? —preguntó al terminar yo.

—Eso es todo —asentí.

No comentó nada. Se encaminó a la puerta. Miró al corredor, estudiando la vidriera rota de enfrente. Preguntó, sin mirarme:

—¿Ha preguntado quiénes ocupaban esa oficina?

No —negué—. Ya lo decía el cristal: «Agencia Acme, para colocaciones». Pero no he visto aún a nadie en ella. Hace más de un mes que no se ocupa.

—Si ha roto la vidriera de una oficina, sin que fuesen sus ocupantes los que causaron la herida mortal a la muchacha, tendrá que pagar los daños —comentó secamente.

—Supongo que sí —convine, distraído—. Pero ¿quién iba a tener una llave de esa oficina no siendo su legal arrendatario?

—¿Y quién iba a tener una llave de la suya, Dekker, siendo usted su legal arrendatario? —me replicó con agudeza presta el teniente de Homicidios, volviéndose a mí en redondo.

Me quedé callado. Aquello era pensar de prisa y bien. Tenía más razón que un santo.

—Es verdad —convine al fin, sacudiendo la cabeza—. Pudo ser alguien ajeno a este edificio. Pero preguntar al conserje sería inútil. Existen doce plantas, y en cada una de ellas hay un promedio de diez oficinas. Eso hace un total de ciento veinte despachos diversos, muchos de los cuales ni siquiera dejan sus llaves abajo, y en algunos sé que trabajan hasta media docena de personas. ¿Cómo controlar la entrada y salida de alguien que, tal vez, ni siquiera preguntó nada al conserje, o procuró no dejarse ver por él?

—Eso es cierto. De todos modos, le preguntaré. Simple rutina, Dekker. Además, revisaremos esa oficina de enfrente. Personalmente, usted, ¿por qué medio de muerte se inclinaría? ¿Pistola de pequeño calibre y silenciador... o un sistema de cerbatana automática?

—Tal vez lo último —señalé, pensativo—. El orificio era parecido al de una bala de calibre 22, pero yo me inclinaría por un dardo. Sangraba poco, teniente.

—Y tan poco —comentó el experto, incorporándose con un suspiro, tras el examen pericial del sofá—. No hay ni rastro de sangre aquí. Pero es evidente que una mujer reposó en él.

—Hay huellas de perfume, algún cabello rubio, señal de unos tacones, de uñas crispadas... Pudo estar viva o muerta, pero yacía aquí. Y no debió moverse gran cosa.

—Los muertos no se mueven, amigo —repliqué; el hombre me miró, pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

—Dekker, ¿cree usted que ella era una cliente suya?

—Estoy convencido —asentí, sin decirle por qué lo pensaba así—. Quiso fingir ante alguien, al sentirse vigilada, y llevó a cabo la escena apasionada del corredor.

—Evidentemente, no engañó a nadie. Y la mataron.

—Muy bien. La mataron. ¿Por qué volvieron luego para llevarse el cadáver? Y, por otro lado, Dekker: ¿dónde estará ahora el cuerpo? Por muy despistado que sea el conserje, no creo que se pueda pasar por delante de él a una mujer muerta, sin que el tipo se

dé cuenta.

—Seguro que no —asentí, ceñudo—. Y menos una mujer como ella. Era impresionante, teniente.

—Describámela con detalle —murmuró Corey, empezando a anotar la descripción que yo le di en su bloc de notas.

Me miró un par de veces con perplejidad y un poco de disgusto. Sin duda pensaba que muchachas de ese calibre no acostumbran a aparecer con frecuencia para caer en brazos de uno. Y, sobre todo, quizá pensó también que era una lástima acabar con la vida de semejante criatura.

Cerró el bloc al terminar de taquigrafiar mi descripción. Suspiró, dando unos pasos por mi oficina.

—De modo que usted no sabe aún nada de nada —dijo.

—No, nada —convine fríamente, mirándole con serenidad.

—Diablo, no lo entiendo. En ese caso...

Se interrumpió. El teléfono de mi mesa acababa de sonar. Quise tomarlo, pero él estaba más cerca que yo. Lo descolgó, mirándome pensativo.

—Oficina del señor Dekker —dijo, sin mentir—. ¿Quién llama?

Esperé, tenso. Su mirada gris se fijaba en mí de un modo peculiar, como distraída. Yo sabía que no estaba distraído, ni mucho menos.

Al fin asintió con la cabeza, tras escuchar la voz que venía del otro extremo del hilo telefónico, y me tendió el auricular con cierta nota de ironía:

—Para usted —dijo—. Personal. Llama un tal Edwards, de Stahl Amalgamated.

Sentí un estremecimiento. Era la última cosa que hubiera querido que él conociera.

Pero eso ya no tenía remedio. De modo que compuse un aspecto de tipo indiferente, cumpliendo una rutina, y tomé el teléfono.

—Gracias, teniente —dije. Luego hablé por el teléfono, sin denotar emoción alguna—. ¿Sí? Yo soy Dale Dekker.

—Bien, señor Dekker. Yo soy Brick Edwards. Me dijeron en mi despacho que deseaba hablar conmigo —la voz que sonó era fuerte, dura, de aceradas aristas. Habituada a imponer autoridad y firmeza allí donde sonara.

—Exacto —asentí, sin perder de vista a Corey, que parecía

preocupado por todo menos por mi llamada telefónica; el viejo zorro no iba a engañarme sin embargo en eso—. No tardó en hallar mi número, por lo que veo.

—Yo nunca tardo en hacer las cosas que debo hacer, señor Dekker —fue la seca respuesta—. Además, su nombre figura en mi agenda.

—Cuánto honor. ¿Le informaron de lo que comuniqué a su oficina?

Debía elegir cuidadosamente las palabras para que Corey no relacionase la llamada con el suceso de mi oficina. Aun así, cabía la posibilidad de que hubiera intervenido previamente mi teléfono, en cuyo caso eso no serviría de nada. Y Corey era muy capaz de ello.

—Me lo dijeron todo. ¿Por qué imaginó que me interesaría?

—Parece obvio que así fue, ¿no es cierto? —Sonreí.

—¿Habló con usted Velda Latimer?

Digamos que sí —y no mentía—. Además, firmé cierto documento. Dejé todo en regla.

—¿Documento? —Hubo una breve pausa—. Entiendo. ¿Y el dinero...?

—En lugar seguro para mí —dije, irónico.

—Lo suponía. Entonces, ya sabe lo que tiene que hacer, ¿verdad?

—Respecto a eso, me gustaría tener una entrevista personal con usted, antes de nada. Hay ciertos puntos por aclarar.

—No hay nada más que decir. Si Velda le habló, es cuanto hacía falta, Dekker.

—Digamos que no me informé exactamente de todo. Hubo ciertas dificultades. Vamos, señor Edwards. Para que atienda su caso, debemos entrevistarnos previamente.

—Eso no forma parte del acuerdo —manifestó, tajante—. Además, no es mi caso.

—¿No? ¿De quién, entonces?

Recuerde que trabajo para Wilburn Stahl y sus industrias. Soy su secretario privado. ¿No le dice nada todo eso?

—Algo, sí —seguía eligiendo las palabras con suma cautela, aunque pareciese que Corey estaba desligado de toda la cuestión—. Es asunto de él, ¿no es cierto?

—No hay comentario a eso. Oficialmente, trabaja para mí. Soy

su cliente.

—¿Y... la persona en quien delegó usted?

—¿Velda Latimer? Trabajaba para mí.

—¿En calidad de qué? —me interesé.

Dekker, pregunta demasiado. Si no le interesa el caso, devuelva ese dinero inmediatamente. No me gusta que nadie juegue conmigo, ni siquiera un detective privado. De modo que decida usted mismo.

—Ya decidí. Necesito verle. Siquiera sea por cinco minutos. Hubo una duda, una indecisión breve, al otro extremo del hilo. La voz de Brick Edwards sonó al fin con acritud:

—Conforme. Mañana a las nueve de la mañana. Sea puntual. Las nueve en punto, en Stahl Building, en Russian Hill. Planta decimotercera. Le estaré esperando. Pero ni un minuto más tarde.

—Allí estaré. Buenas tardes —y colgué, sin añadir más.

—¿Algún otro cliente? —me preguntó con suave entonación Howard Corey, girando la cabeza y estudiándome airoso.

—Sí, uno más —me encogí de hombros, restando importancia al asunto—. Últimamente, estoy muy solicitado, teniente.

—Ya. —Corey se frotó el mentón—. Stahl Amalgamated... Nada menos que Wilburn Stahl. Buen cliente, Dekker.

—No sé exactamente si es él o un simple subordinad® suyo quien me contrató. Ya sabe cómo son estas cosas, cuando a uno le contrata una sociedad anónima.

—Sí, ya lo sé... —Se detuvo delante del sofá azul. Miró a su subordinado—: ¿Algo definitivo?

—No mucho, teniente confesó el técnico. —Parece que algo de sangre manchó el borde externo del sofá. He tomado una muestra del tejido con la mancha oscura. El análisis nos dirá algo más. Llevaba uñas esmaltadas de color plata. Quedó un pequeño trozo de película de esmalte en el sofá. El cabello era rubio natural, pero parece levemente teñido de tono más claro. El resto de los detalles, nos los dará el laboratorio.

—Muy bien. Vamos, entonces. Examinaremos la otra oficina. Aquí no hay más, según parece. ¿Cómo cree usted que fue trasladado posteriormente el cuerpo desde ese sofá?

—No estoy seguro. Se ven las huellas del señor Dekker, cargado con el cuerpo. Las punteras de su calzado dejaron huella en el linóleo y la alfombra de moqueta, camino del sofá, y cargado con el

cuerpo. El regreso desde el mueble no aparece claro, aunque hay señales de algo así como un calzado rayado, de goma. Acaso unos chanclos...

—¡Chanclos! —exclamé—. He visto huellas parecidas en la oficina de enfrente, Corey.

—Está lloviendo, Dekker —me recordó secamente el teniente—. Es normal usar chanclos de goma sobre el calzado.

—Sí, pero eso no puede ser casual. No es mucha la gente que hoy en día usa chanclos. Ni usted ni yo los llevamos. Tampoco su subordinado. Quien los utiliza, es porque desea borrar sus propias huellas. Sobre todo, en el escenario de un crimen.

—Muy bien. Aceptemos esa posibilidad, Dekker. Vamos a la otra oficina. ¿Viene usted?

Salieron hacia el corredor. Yo asentí, siguiéndoles. No colaborar, podía significar motivo de sospecha para Corey. Aunque estaba seguro de que sospechaba ya de mí y de mi total sinceridad respecto al caso en trámite.

Llegamos a la oficina de la Acme. La entrada se hizo del mismo modo que lo hice yo. El trabajo del técnico de la policía fue allí más intenso. Tomó huellas de diversos puntos, en especial aquellas que captó recientes, sobre pomos metálicos, muebles, etc.

Corey descolgó el teléfono, comprobando su funcionamiento. Dudó un instante. Luego le vi marcar un número. Tras una espera, habló:

—Aquí Corey. ¿Algo nuevo, Feldman? Sí, sargento. Sigo con esa llamada de Dekker. Parece que hubo realmente un crimen, pero no podemos estar seguros. No hay cadáver. Ya se lo contaré... ¿Eh? Sí, sí. Deme los últimos informes. Le escucho... —Hubo una pausa más larga. Vi de repente que sus grises ojos inexpresivos se dilataban, con un raro fulgor de excitación que no se molestó en disimular. Me contempló, sombrío, como sobresaltado por algo que yo no entendía, pero que logró inquietarme, y continuó, más atropellado, mordiendo su labio y casi, casi, las propias palabras—: Está bien, sargento. No haga nada. Yo me ocuparé de eso. Sí, iré en seguida. Personalmente, sí. Avise a Mac Gowan y a Baker. Que me esperen allí. Seguro que va a ser toda una bomba. Una bomba de muchos megatones en el país. Hasta luego.

Colgó. Seguía mirándome, mientras le colgaba la mandíbula

como algo postizo, añadido de mala manera al resto de la larga cara sombría.

—Bueno, teniente, parece que le hayan dado un buen mazazo por teléfono —sugerí, risueño.

—Me lo dieron, sí —afirmó—. Tal vez a usted también se lo den.

—¿A mí? —Me sentí por momentos más y más inquieto, pero lo disimulé bastante bien, sonriendo con amplitud—. ¿Por qué supone eso, teniente?

—Porque acaban de informarme de un asesinato —dijo, escueto—. Un feo y escandaloso asesinato que va a conmover al país.

—¿A qué se refiere?

—A la muerte de un posible cliente suyo: Wilburn Stahl, el multimillonario.

CAPÍTULO III

DORADO FUNERAL

Wilburn Stahl.

El hombre de oro. La personalidad de la industria y de la Banca. El magnate que parecía estar por encima de todo. Ciento setenta libras de superhombre. Cincuenta años de vida entre millones.

Y estaba muerto.

Asesinado, para más señas.

La idea resultaba increíble. Las personas como Wilburn Stahl resultan a veces casi deshumanizadas en el concepto de las gentes. Son un nombre. Un mito, una leyenda. Nadie se imagina cómo puede ser en su vida normal un individuo cuyos millones se cuentan por centenares, cuyas factorías, negocios e industrias cubren todo el territorio nacional. Cuya marca es distintivo de una demoledora publicidad a escala mundial.

Refrescos, productos alimenticios, combustibles, lubricantes, fabricación de consumo en gran escala... Eso era Stahl, como firma. Eso había significado Stahl para el americano medio y para gran número de ciudadanos europeos, japoneses, africanos o australianos. Desde electrónica hasta bebidas gaseadas, pasando por toda una gama increíble de diversas facetas comerciales, bajo el macizo nombre de oro: Wilburn Stahl.

Viudo y sin hijos. Sin familia auténtica en torno, salvo lejanos parientes que ahora estarían calculando los millones que iban a caer a cada uno de ellos, como una dorada lluvia celestial.

—No lo entiendo —dije, sacudiendo la cabeza.

—Yo tampoco —rezongó entre dientes el teniente Corey, mirándome de soslayo—. ¿Seguro que no era él su propio cliente?

—Tal vez. Aún no sabía nada. Un secretario manejaba el asunto.

Y todo estaba aún oscuro.

—Resulta raro, Dekker, que en el período de pocas horas, dos clientes suyos mueran violentamente: Velda Latimer y Wilburn Stahl. ¿Seguro que no se trataba del mismo caso?

—¿Por qué había de serlo? —Eludí, sin comprometerme.

—No lo sé. Era sólo una idea —manifestó, ceñudo.

Habíamos llegado a la residencia de Wilburn Stahl.

Descendimos del coche. Los alrededores estaban ocupados por coches patrulleros que cercaban la zona. Había que identificarse para penetrar en lo que fueran dominios del hombre más rico de California y, posiblemente, de gran parte del país y del resto de los países.

No era un área comercial ni industrial. Era el santuario del prohombre. Stahl Park, era su nombre. Siempre el mágico apellido por delante.

Una alta verja, frondoso bosque, largas extensiones de césped bien cuidado, edificaciones de ladrillos rojos en el interior de la zona acotada. Un punto cercano a Golden Gate Park. Agentes de uniforme verde parduzco, con armas, deambulaban por el interior y por el acceso a la finca. Vi su distintivo en las solapas y en una placa cosida a su manga: una letra S sobre fondo negro. El símbolo del imperio Stahl. Sólo le faltaban las dos barras verticales para convertirse en lo que realmente era: el signo del dólar.

La policía personal de Wilburn Stahl. También tendría sus sistemas electrónicos de seguridad, sus mastines bien entrenados, sus medidas celosas en torno, para proteger a su mítica persona.

Y todo eso..., ¿de qué había servido?

De nada, pensé. Ahora estaba muerto.

Muerto.

Como podía haberlo estado cualquier otro ciudadano de San Francisco, con mucho menos poder que él, con muchísimo menos dinero que él. Infinitamente más indefenso y accesible que él.

Muerto. Asesinado en su propio santuario. Rodeado de policías, de medidas de seguridad, de acres con verja, prohibidos a todo intruso.

Dentro de su residencia ajardinada, la que utilizaba en los períodos estivales, ante un amplio estanque con embarcaciones y cisnes, como un lago apacible en medio del exuberante verdor de la

finca. Frente al palacete de cristal que, según un indicador metálico, estaba destinado a museo. No supe de qué, pero era un museo.

La residencia ajardinada era pequeña, encristalada y moderna. Poseía una zona de piscinas y campos de tenis y juegos. Todo fresco, todo amable, todo confortable y rico. Todo suntuoso, digno de la grandeza y fortuna de un Wilburn Stahl.

Sin embargo, me parecía tan insignificante, allí ante mí, tendido su cadáver ensangrentado, rígido y de céreo color...

—No hay la menor duda —masculló a mi lado el teniente Corey—. Es Wilburn Stahl en persona.

—Inconfundible —suspiró Lou Feldman, el sargento de Homicidios, habitual ayudante de Corey en todos sus trabajos—. Nadie podría ser como Wilburn Stahl.

Me vi obligado a darle la razón. No todo el mundo podía confundirse con Wilburn Stahl, ni mucho menos. Y en esta ocasión, no hablaba sólo de dinero.

Era su físico. Su sorprendente físico...

Estudí al difunto con interés, mientras los policías comenzaban a desplegarse en torno mío, buscando informes, huellas y cuanto pudiera contribuir a un rápido esclarecimiento de aquel crimen increíble.

Nadie hubiera podido equivocarse teniendo a Wilburn Stahl ante sí, eso era evidente. Ni por su figura, ni por su rostro.

Aun ahora, ya sin vida, seguía resultando en cierto modo impresionante.

Había sido grueso. Muy grueso. Cuerpo macizo, robusto, exuberante. Rostro grande, amazotado, como tallado a golpes violentos sobre una gran piedra granítica. Facciones duras, afiladas. Boca grande, ojos estrechos, nariz de halcón. Ni un cabello. Cráneo rapado, terso, lustroso como una bola de marfil o de piedra pulimentada.

La bata de seda envolvía aquel cuerpo abatido sobre la suntuosa alfombra persa, de gran dimensión y mayor valor. El modo de morir había sido extraño. El método, también.

Su asesino no era una persona vulgar. Ésa fue la primera idea que me asaltó. Quizá porque no tiene nada de rutinario ni frecuente matar a un hombre con un largo y recio clavo de oro, de unos quince centímetros de longitud, hincado de un solo golpe —acaso

un brutal y seco martillazo, singularmente preciso—, justo sobre el cráneo.

Un clavo de oro...

Fascinado, observé la pieza de preciado metal, hundida hasta su cabeza tallada como un diamante. De la herida profunda hecha por la pieza, al resquebrajar el hueso del cráneo, había brotado un largo reguero de sangre, que empapaba la seda verde brillante de su bata. Salpicaduras oscuras, como de óxido, eran visibles en la fascinante alfombra oriental, donde predominaban los tonos ocres.

—Sí, es justo lo que imaginan, caballeros. Un clavo de oro... —dijo la voz—. El oro mata al oro, que podría filosofar alguien...

Nos volvimos Corey y yo, intrigados por la voz femenina. Miramos a la persona que acababa de entrar.

Era alta. Muy alta. Cuando Stahl vivía, ella debía llevarle más de la cabeza. Tenía los cabellos de un rojo suave, casi caoba. Los ojos que nos contemplaron eran verdes y oscuros. El rostro sereno, ovalado y pálido, no revelaba emoción alguna. Sus labios delgados habían pronunciado las palabras con arrogancia, casi desafiantes. Pero sin especial entonación ni sentido. Tampoco con dolor, para resultar ser quien ella era.

—Perdone... —Se volvió Corey para estudiarla, respetuoso—. ¿Familia de Wilburn Stahl?

—No. Sólo su amante —replicó ella, muy fría, con un rictus desdeñoso en sus labios—. Muchos le dirán que soy la señora Stahl, pero es mentira. Soy su amante. Lo hubiera sido hasta que se cansara de mí. Era su comportamiento habitual. Nada de bodas ni divorcios. Amancebamiento, y despedida con flores y billetes. Yo le duré algo más que otras —otra vez aquel gesto desdeñoso en su boca.

—Bien, señora... —Corey utilizó la palabra cuidadosamente, y al no replicar ella, se animó a proseguir—: Señora Stahl, no sé lo que sea usted ante la ley y ante la sociedad, pero si compartió su vida con él, y aquí se la llama así, no seré yo quien altere la costumbre: ¿qué puede decirme de esto?

—Me temo que muy poco —suspiró ella—. Apenas nada.

—¿Poco? ¿Nada? Concrete, señora. El que mató a su marido tuvo que cruzar muchos obstáculos para llegar hasta aquí, cometer su crimen y huir, ¿no cree?

—Muchos —rió ella extrañamente, entre dientes. Avanzó majestuosa, sin desviar sus hipnóticos ojos verdes de la figura tendida de Wilburn Stahl, el prohombre—. Tantas, que dudo mucho que nadie sea humanamente capaz de lograrlo.

—¿Qué quiere decir con eso? —Corey arrugó el ceño.

—Lo que he dicho —ella nos miró alternativamente a ambos, y luego a los expertos de la policía. No sé por qué, su mirada se mantuvo más tiempo fija en mí—. Mi nombre auténtico es Cynthia Mayo. Señorita Mayo, nada de «señora» Stahl. Eso no va conmigo.

—Bien, señorita... —Corey se frotó el mentón, fingiendo leer unos apuntes en su bloc, que quizá ni siquiera existían—. ¿Dijo que le parecía poco probable que alguien llegara hasta su... hasta el señor Stahl y le asesinara?

—¿Poco probable? —Ella rió entre dientes otra vez—. Yo diría nada probable.

—Sin embargo, ocurrió. El está muerto...

—Y bien muerto, sí —afirmó Cynthia Mayo con tono glacial, estudiando al muerto sin que sus ojos revelaran la menor emoción o humedad emotiva—. De eso creo que ya no queda ninguna duda, afortunadamente.

—¿Afortunadamente? —repitió Corey, perplejo, enarcando las cejas. No la miró, pero su inmediata pregunta aparecía llena de incertidumbre—: ¿Cómo interpretaría usted los hechos, considerando que es tan poco o nada probable la llegada de un intruso hasta aquí?

—No es tarea mía hacerlo —masculló con sequedad la dama de los cabellos rojos—. Pero considere usted, oficial, que hay que salvar de noche una verja electrificada, una serie de células fotoeléctricas de alarma, aparte los mastines y los policías armados, al servicio exclusivo de la finca, además de los sistemas de seguridad en las puertas de éste y de los demás edificios. Un vagabundo vulgar no podría cruzar todo eso. Un asesino astuto, difícilmente alcanzaría a salvar uno o dos de esos obstáculos.

—Por tanto, estamos ante un superhombre... o un fantasma —suspiró Corey.

—O alguien de dentro —dijo apaciblemente Cynthia Mayo.

Corey y yo nos miramos con rapidez. La sugerencia de la dama encerraba cierta malévola intención. Una intención que ni él ni yo

entendimos claramente en aquel momento. Esperamos una aclaración que no llegó. Al menos, no por parte de ella.

—¡Víbora! —Sonó otra voz de mujer, estridente y agria—. ¿Ya estás vertiendo tu sucio veneno sobre los demás? ¿Por qué no vas más lejos, vil ramera, y dices que yo maté a tío Wilburn?

Otra vez nos volvimos vivamente, y ahora incluso el propio sargento Feldman, con cierto sobresalto.

La que había hablado era más joven que Cynthia Mayo. Bastante más joven. Y más provocativa también en lo físico.

No era tan alta, pero sí llamativa, bien proporcionada, con una esbeltez que no se rompía con la arrogancia de sus senos y caderas, ni con la agresividad de sus nalgas. Los *shorts* encajaban poco con el día lluvioso, y había gotas de lluvia en sus muslos de suave vello rubio. Tenía cabellos color oro viejo, ojos color del tiempo —nublado y pizarroso ahora—, y unos labios gordezuelos, crispados en gesto de furia.

Le calculé unos diecinueve a veinte años. Ni uno más. La blusa se agitaba con las palpitaciones de su torso. Colgó en una percha una capa impermeable, de un amarillo color yema de huevo. No tenía ojos más que para Cynthia Mayo. Y unos, ojos nada amistosos, rezumando ira y disgusto.

—Por favor, dejen de discutir —cortó Corey secamente—. ¿Quién es usted, señorita? Yo soy el teniente Corey, de Homicidios, y lo que cuenta ahora es que un hombre yace aquí sin vida, asesinado de un modo extraño y desconcertante, pero asesinado a fin de cuentas. Me gustaría saber por qué murió, y a manos de quién. Traten de ayudarme en eso, en vez de sacar a relucir sus trapos sucios.

—Teniente, no necesita investigar mucho —replicó la joven recién llegada, mirándole con ojos relampagueantes de furia—. La señorita Mayo era una concubina en desgracia. Todos sabemos lo que eso significa aquí. Iba a ser despedida de un día a otro. Flores y billetes. Y «adiós». Tal vez no le gustó la idea. Es más esperanzador confiar en una cláusula testamentaria que la deje dueña de algo. E incluso vestirse de luto en el funeral, cuando tío Wilburn vaya a ocupar su lecho en el Panteón de Oro.

—¿Panteón de Oro? —pregunté, rápido.

—Sí —la rubia muchacha me miró de repente, y detuvo en mí

sus ojos unos instantes, como sorprendida por la presencia de un tipo que, además de no parecer policía, era bastante atractivo físicamente. Huelga decir que ese tipo soy yo—. El Panteón de Oro del gran Wilburn Stahl. Su último sueño de faraón moderno. La pirámide del gran emperador del dólar...

Había cierto agrio y macabro sentido del humor en su tono. Corey parecía deseoso de ahondar en ello, pero optó por atacar otro punto de la cuestión, con tono conciso:

—Le pregunté quién era usted, señorita. Parece que es sobrina de Wilburn Stahl...

—Lo soy —afirmó—. La única sobrina directa: Dyan Mitchell.

—Mientes, Dyan —cortó con frialdad Cynthia Mayo—. No eres sobrina directa. Un primo de Wilburn era tu padre. Eso es todo. Hay otros parientes además de ti...

—Sucia harpía... —acusó de nuevo la rubia del busto atractivo y las piernas estupendas—. ¿Vuelves con tus acusaciones? ¿Vas a insinuar ante estos caballeros que yo, la sobrina de Wilburn, iba a desear su muerte?

—No he dicho eso, Dyan. Eres tú quien insinúas feas y horribles cosas, como siempre.

—¡Dijiste que alguien de dentro mató a tío Wilburn! —señaló al muerto—. ¿Quién, sino yo?

—Hay otras personas, ¿no, querida? —Silabeó con acidez la que fuera amante del magnate.

—Oh, claro. Brick Edwards, su secretario. O Baffs Lane, su guardaespaldas... ¿O acaso algún otro, virtuosa señorita Mayo?

—Ya basta —cortó Corey, con un resoplido. Señaló a ambas con un enérgico ademán de su mano derecha—. No quiero más disputas ni acusaciones mutuas. Me tienen sin cuidado sus sentimientos personales. Sólo necesito saber por qué Wilburn Stahl murió de ese modo, y a manos de quién. Será mejor que ambas esperen a responder a mis preguntas, y no se dediquen a malgastar su tiempo y sus energías en ponerse de vuelta y media.

—Perdone —suspiró lentamente Cynthia Mayo, bajando la cabeza—. No debimos ir tan lejos una ni otra, teniente.

—Ya salió la mosquita muerta —refunfuñó Dyan, la explosiva y joven Dyan—. Seguro que le caerá simpática y todo, teniente. Tiene esa habilidad con los hombres maduros...

—¡Señorita Mitchell! —rugió Corey, enrojeciendo de ira al volverse a ella—. Es mi última advertencia. Sus comentarios sobran en esta ocasión, recuérdelo.

Dyan se mordió el labio inferior. Su mirada color del tiempo parecía amenazar borrasca. Afuera llovía, pero no había relámpagos como en sus ojos.

El silencio se hizo embarazoso. El forense había concluido su examen del difunto. Se acercó al teniente Corey. Le oí musitar unas pocas palabras significativas:

—La muerte sobrevino anoche, sin duda. Lleva muerto más de doce horas, teniente...

¡Doce horas! —jadeó Corey, sorprendido—. ¿Cómo tanto tiempo? Señorita Mayo, ¿qué ha sucedido aquí para que el cadáver no sea hallado hasta tan tarde?

—Wilburn se quedó anoche en esta residencia estival —explicó con frialdad la dama—. Pidió que nadie le molestara. Esperaba una visita importante, que tenía orden de ser trasladada aquí para hablar con él, confidencialmente. Su orden era de no ser molestado hasta que él mismo llamara al servicio. Pero al retrasarse tanto, Baffs Lane, el jefe de su servicio de seguridad personal se aventuró a llamar. Al no responder, abrió la puerta violentándola y... y le encontró ahí, sin vida.

—Entiendo —asintió Corey—. Una visita... Supongo que ninguno de ustedes sabrá quién fue esa visita nocturna...

—Yo lo sé —afirmó con simplicidad la joven Dyan Mitchell, sobrina del difunto—. El nombre del visitante que tío Wilburn esperaba, era Dekker. Dale Dekker, exactamente...

Creí que el mundo entero se abría bajo mis pies cuando oí pronunciar mi propio nombre.

—Dale Dekker... ¿Qué tiene que decir a eso, Dale?

Miré a Corey, aturdido, sin entender nada de cuánto sucedía. Sacudí la cabeza con énfasis.

—Por todos los diablos, Corey, no puede usted creer eso —mascullé—. Yo no podía ser...

—¿Por qué no?

—Porque... —Iba a decir que porque no conocía en absoluto a Stahl, salvo por su nombre financiero y su fama, sólo unas horas antes. Pero rectifiqué a tiempo, para explicar—: Porque yo no

estaba citado con ese hombre, no tenía que venir por aquí para nada, y sólo tuve tratos con Brick Edwards, su secretario general, lejos de esta residencia.

En realidad, no mentía en absoluto. Mi conciencia en ese sentido estaba tranquila. Pero yo no lo estuve tanto cuando él masculló con aspereza:

—Está bien. Dale. Citaré a Edwards para que declare sobre todo eso.

Era lo peor que podía suceder. Hablaría de Velda Latimer, de los cinco mil dólares... El cepo empezaba a cerrarse. Y lo malo es que yo no entendía nada. No sabía por qué Velda Latimer fue a mi oficina, por qué llevaba un cheque a mi nombre, por cinco mil dólares. Por qué Edwards, en nombre de Stahl Amalgamated, me envió cinco mil dólares más. Y, sobre todo, por qué habían matado a Velda, a Stahl... y por qué Dyan, la sobrinita seductora y malévola, citaba justamente mi nombre.

—Corey, aquí ocurre algo muy raro —dije—. Ya no se trata solamente de que alguien hinque un clavo de oro de regular tamaño en el cráneo de Stahl, demostrando cierta originalidad en sus métodos, sino que tenemos una serie de elementos que no encajan. Es un crimen absurdo, y yo no estuve jamás aquí, ni creo que nadie me identifique por ello. Tampoco me podía esperar ese hombre.

—Ya ha oído a la muchacha. Le nombró correctamente. Sin un fallo.

De sobra sabía eso, y me sentía tremendamente incómodo. Cuando Corey supiera que le había ocultado ciertos elementos del caso, iba a poner el grito en el cielo, y quizá con razón. Pero de eso a relacionarme con el extraño crimen de la residencia de Stahl Park...

La incómoda y rara sensación de que una sutil y absurda tela de araña se ceñía en torno mío, como una helada mortaja, me asaltó por vez primera en ese momento. Recordé que nada sabía de una rubia hermosa, muerta en mis brazos, y cuyo cadáver desapareció de mi despacho. Recordé que poseía seis mil dólares a los que aún no me había hecho acreedor, y cuya motivación desconocía. Mi posición era falsa e inconsistente. Y hasta peligrosa.

—Tiene que haber una explicación —dije, evasivo—. Quizá él pensaba llamarme anoche y no lo hizo. Eso lo explicaría todo.

El sargento entró en ese momento con una serie de apuntes que entregó a su superior. Acababa de interrogar a una serie de personas de Stahl Park. Corey leyó las respuestas en silencio. Luego, levantó los ojos. Me miró, y mi incomodidad aumentó, aunque procuré disimularlo cuánto me fue posible.

—De las preguntas hechas, parecen deducirse unas cuantas cosas. Entre ellas, que realmente esperaba Stahl a su visitante para determinada hora de la noche. En ese momento, hizo suprimir cierta clase de medidas de seguridad e, interrumpir, circuitos electrónicos de alarma. También apartó a su gente armada de la zona por la que debía llegar su visitante, que según comunican los informes de la entrada, llegó puntualmente, en un automóvil cerrado, y se identificó en la puerta como Dale Dekker, detective privado. No le vieron apenas, pero no pusieron en duda su identidad. Pasó al interior, y estuvo reunido con Stahl durante más de una hora, en el Pabellón de Verano. Luego se ausentó, como llegara, sin que nada pareciese haber alterado la paz nocturna de la residencia y de toda su amplia zona de parques y jardines.

—¿Y nadie vio al visitante? —pregunté.

Nadie. Ningún empleado, ningún guardián. Pero comprobaron su identificación en los documentos. Y eso era bastante para ellos, tal como aconsejara el propio Wilburn Stahl, que era quien daba las órdenes en todo sentido.

—Por tanto, alguien se hizo pasar por mí —dije, enfático, aunque interiormente me preguntaba cómo diablos pudo suceder eso y por qué—. La situación parece ya clara, ¿no, teniente?

—Quizá —dijo él, encogiéndose de hombros, con cierto aire escéptico—. De todos modos, he citado urgentemente a Erick Edwards, secretario personal de Stahl. El puede aclararnos algunos detalles al respecto. La hora de la visita del supuesto Dekker fue entre once y doce de la noche.

—Una hora intempestiva para visitas, ¿no?

—Sí, muy intempestiva. El forense acepta la posibilidad de que a esa misma hora... Wilburn Stahl fuera muerto en la residencia veraniega.

—Vaya... —suspiré—. De modo que mi suplantador pudo ser el asesino, con perfecta impunidad, si nadie comprobó luego si Stahl quedaba con vida.

—Ahí entra un factor raro —susurró con voz tensa el teniente.

—¿Sí? —Enarqué las cejas, mirándole—. ¿Cuál?

En la salida de la propiedad, el agente de servicio no hubiera dejado salir al vehículo, de no autorizarlo el propio Stahl desde el interior. Pues bien, al descolgar el teléfono y preguntar, la voz de Stahl en persona autorizó la salida del visitante, y eso zanjó la cuestión. Por tanto, al marcharse el visitante, Stahl vivía.

—Vivía... o, cuando menos, parecía vivir —rectifiqué con frialdad—. Una voz puede fingirse, teniente.

—Para un oído humano, quizá. Pero el portero posee siempre un registrador de voces que detecta las inflexiones de toda voz, y acusa su autenticidad o no. En ese caso, la prueba resultó positiva, como era habitual, y el coche del supuesto Dekker abandonó la finca sin problemas. ¿Qué le parece ahora la cuestión?

—Pues que aun siendo yo, en persona, difícilmente habría podido matar a un tipo que podía hablar por teléfono con toda normalidad —dije, riendo.

—Exacto. —Corey me miró, larga, pensativamente. Sacudió la cabeza—. Dejemos eso ahora, amigo mío. ¿Qué tal si, antes de abandonar este imperio bellísimo y fascinante, pero donde parece imperar el odio, la codicia y el crimen, visitamos por simple curiosidad... el Panteón de Oro?

Le miré. Y asentí. No tuve fuerzas para negarme.

A mí también me atraía conocer el llamado Panteón de Oro. El destinado al dorado funeral por un hombre que vivió envuelto en oro, y murió a manos del oro. De un clavo de oro que perforó su cráneo hasta matarle... empujado por la mano de alguien.

El Panteón de Oro.

Un hermoso lugar, digno de su nombre. Digno de Stahl Park. Y digno, sobre todo, de Wilburn Stahl, el nuevo Midas del mundo moderno de consumo.

Cúpula dorada. Mármoles preciosos, blancos y negros. Algunos, importados de Italia. Estructura arquitectónica renacentista. Un alarde de belleza para encerrar la muerte. Columnas, escalinatas, inscripciones latinas en piezas macizas de oro puro. Oro laminado para la cúpula. Guardianes armados, paseando en torno, sobre el césped. Perros aullantes, feroces mastines, sujetos con cadenas, en casamatas. Por la noche, sin duda los soltarían. Guardianes del

sepulcro. Cancerberos en el borde del río tenebroso de la Muerte.

Alrededor del gran panteón, tumbas hermosas, pero menores. Y rodeándolo todo, una verja negra, con soporte de piedra blanca. Un pequeño, hermoso cementerio. Un capricho fúnebre.

—¿Qué le parece? —jadeó Corey junto a mí—. La última morada de un gran hombre.

—El faraón espera su funeral. La pirámide está a punto —susurré—. Como en los viejos tiempos. Como en la antigüedad. Los hombres cambian poco, cuando el poder y la fortuna les envuelven en su capa dorada, teniente.

—Pienso igual —se frotó el mentón, malhumorado, y estudió con disgusto el gran mausoleo donde aparecía en macizas letras de oro, sobre mármol negro, el nombre de Wilburn Stahl, y un epitafio latino, breve, ritual. Se alejó unos pasos—. ¿Vamos ya, Dekker?

—Sí —convine—. No me gusta ver esa clase de cosas. Stahl pretendió ser superior a todos en vida. Quizá lo logró, a fin de cuentas. Ahora, seguirá pareciendo superior en la muerte. Pero en realidad, sabemos que se engañó en algo fundamental: después de dejar el mundo, por mucho que sea el oropel que envuelva un cadáver... éste se pudre y se deshace como el de cualquier otro. La muerte es lo único que puede igualar a un vagabundo que duerma en los muelles de

Fisherman's

Wharf, con el grandioso y dorado magnate que fue Wilburn Stahl.

El teniente Howard Corey no respondió. Se limitó a caminar delante mío, de regreso a la salida del recinto enrejado que era Stahl Park. Yo le seguí.

Cuando estuvimos fuera de allí, creo que ambos nos sentimos mejor.

Regresé a mi casa sin problemas. No pasé ya por la oficina, aunque sabía que la búsqueda del cadáver de Velda Latimer continuaba incesante, por parte de los funcionarios de la División de Homicidios. Corey había quedado en informarme de cualquier cosa que surgiera a propósito de aquello.

Tomé un plato combinado en el cercano *snack* a mi domicilio, apuré una copa en

Mickey's,

el bar sobre el cual se alzaba el edificio donde tenía mi

apartamento, en *Post Street*, cerca de Jones, y subí a descansar.

Me sentía fatigado, confuso, necesitado de dormir, de reflexionar también, en la calma íntima de mi dormitorio, fumando un cigarrillo, con la cabeza en la almohada y los luminosos, de aquel *night-club* parpadeando insistentes a través de mi ventana, aunque la costumbre no los hacía ya particularmente molestos para mi descanso nocturno.

Lo cierto es que disfruté poco tiempo de ese placer relativo que era la soledad, el reposo y la reflexión.

Aún no había llegado a ninguna conclusión definitiva, pese a tener casi una decena de puntas de cigarrillo en el cenicero, y una treintena de bostezos en mi boca, cuando alguien me interrumpió la velada.

El pulsador de mi puerta tintineó musicalmente. Me erguí con sobresalto. Al repetirse la llamada, salté de la cama, tomando mi automática de la funda sobaquera colgada en la silla. No me fiaba ya de nada ni de nadie. En cualquier momento, otro cadáver podía aparecer entre mis brazos, y por hermoso y femenino que resultara ser, la idea no me parecía nada grata.

La tercera llamada, apremiante, me sorprendió cruzando descalzo el gabinete.

—¡Ya voy! —mascullé, malhumorado—. ¿Quién llama a estas horas, maldita sea?

—Abra, Dekker —oí la voz familia del incansable teniente Corey, que no sé a qué diablos de hora dormiría—. Es urgente. Muy urgente.

No me tranquilizó demasiado la identidad de mi visitante, pero guardé el arma en un bolsillo de mi pijama. Abrí con cadena, para confirmar la personalidad del recién llegado.

Era Corey. Le miré de hito en hito. Miró a su vez a la cadena, significativo.

La quité. Entró. Observé que había gente en el corredor: dos agentes.

—¿Qué demonios pasa? —le pregunté, furioso—. ¿Qué significa esto, teniente?

—Siento interrumpir su sueño —refunfuñó, sin mirarme apenas, una vez en el gabinete. Paseó, según su costumbre—. Yo también interrumpí el mío para venir a verle.

—¿A quién han matado ahora? —pregunté, sarcástico.

—A nadie —se volvió, encarándose a mí—. Acaban de entregarme algo. He venido por ello, Dekker.

—¿Qué es? —Sentí mi inquietud de modo ostensible.

Esto —buscó en su bolsillo—. Una de las medidas de seguridad de Wilburn Stahl, era una cámara fotográfica oculta, que funcionaba electrónicamente por medio de una célula sensible, fotografiando a todo el que entrase en el Pabellón de Verano, y marcando su hora y fecha en un margen. La fotografía es legítima y comprobada por mis expertos. Hallaron esa cámara escondida y apareció la fotografía, revelada automáticamente por el sistema Polaroid.

Me entregó una cartulina brillante, en blanco y negro, de sorprendente nitidez. Lo primero que vi, fue el reloj-cronómetro fotografiado al margen, como en una toma deportiva de alta precisión. Era la fecha del día anterior. La hora, las veintitrés horas, siete minutos y cuarenta y dos segundos.

La estancia fotografiada era aquélla donde yacía muerto Stahl, con un clavo de oro de quince centímetros de longitud, hincado en su cráneo.

El hombre que entraba, sonriente, tendiendo su mano al difunto Stahl... era yo.

Yo mismo, sin lugar a dudas.

CAPÍTULO IV

LA TELA DE ARAÑA

Yo. Yo mismo.

Sin lugar a dudas. Sin subterfugios. Sin trucos.

Por si fuera poco, estaba el informe técnico de la fotografía:

«Captada, revelada y positivada automáticamente en una cámara Polaroid especial, de dispositivo electrónico y punto altamente luminoso, en el gabinete de la Residencia de Verano de Wilburn Stahl, en Stahl Park. Horario y fecha comprobados. Funcionamiento de cronómetro y calendario, precisos. Fotografía legítima, sin retoque ni manipulación alguna».

—Y bien, ¿qué me dice a eso, Dekker?

—¿Qué puedo decirle? —murmuré. Sacudí la cabeza de lado a lado—. Yo nunca estuve allí antes de ir con usted, teniente.

—Esa prueba fotográfica dice lo contrario —replicó él, incisivo.

—Lo siento. Digo la pura verdad.

—Es su palabra, contra una evidencia que convencería a cualquier jurado y cualquier tribunal —sentenció secamente Howard Corey, sin mirarme, sin mostrarse particularmente duro.

—Ya lo sé —admití—. Sin embargo, es una prueba falsa.

—No puede ser. Ya ha visto el informe técnico.

—A pesar de ello... es falsa. Yo no pude ser fotografiado donde no puse el pie.

—¿Insiste en ello?

—Sí.

—¿Insiste también en que no sabía nada de todo esto con

anterioridad? ¿Que no esperaba el suceso moría de Stahl Park? ¿Que no sabía para qué le contrató el magnate? —Espere— alcé una mano. —Sobre eso, sí tengo algo que revelarle, Corey.

—¿De veras? —Enarcó las cejas, mirándome sarcástico—. ¿Qué es ello?

—Cobré cinco mil dólares a cuenta.

—Vaya, ya va soltando la lengua —suspiró cansado—. ¿A cuenta de qué?

—No lo sé.

—¿Pretende decirme que alguien le pagó cinco mil dólares, sin saber usted a cambio de qué cosa los recibía, y sin que el propietario de ese dinero le informase?

—Es algo más que eso: cobré otros mil dólares sin saber tampoco el porqué.

—¿Mil dólares... de Velda Latimer? —replicó, incisivo.

—Le miré. Así era Corey. De repente soltaba una andanada, sin ser esperada. Siempre sabía mucho más de lo que aparentaba. Era el peligro de intentar engañarle. Había sido un estúpido al ocultarle eso. Sobre todo, existiendo otras cosas que, realmente, yo no entendía ni podía explicar. Cosas como aquella increíble fotografía...

Me vi obligado a sincerarme. La historia brotó completa de mis labios, bajo la vaga mirada de él, que parecía poco interesada en mí y en mis gestos o reacciones.

—¿Es todo? —preguntó al fin, tras un silencio prolongado, que siguió a mi total relato de los hechos.

—Todo, sí —admití gravemente.

—¿Quién puede garantizarme eso ahora, Dekker? —me reprochó—. Mintió una vez. Ocultó evidencias. ¿Por qué debo creerle ahora?

—Porque no hay nada más.

—Tampoco lo hubo antes, según usted. Y existían dos factores trascendentes: mil y cinco mil dólares. Un cheque bancario y una suma con un recibo, dentro de un coche que usted revisó. Ya había descubierto lo del cheque, tras averiguar dónde tenía Velda Latimer su dinero. También sé su relación con Stahl. Por eso vine a verle a casa con tanto apremio.

—Me gustaría que me dijese cuál es esa relación, teniente —

confesé—. No sé nada de nada, y me siento hundido en un mar de tinieblas.

—No creo una palabra de eso, pero le diré algo: Velda Latimer... era el nuevo amor de Wilburn Stahl. Una hermosa criatura que estaba dispuesta a suplir a Cynthia Mayo en el corazón y en la cartera del magnate, ¿entiende?

—Sí —bajé la cabeza—. Pero ella... ¿por qué vino a mi oficina, con un cheque de mil dólares a su propia cuenta bancaria? ¿Por qué la mataron de ese modo?

—No lo sé. Tampoco sé por qué desapareció, como no sé por qué mataron a Stahl con un hermoso clavo de oro, cuyo valor es de casi mil dólares... Todo esto no tiene sentido, pero está sucediendo. Y usted, Dekker, lamento decírselo crudamente, es el principal sospechoso. El primero. Casi el único.

—¿El único?

Pudo matar a Velda y hacer desaparecer el cuerpo, inventándose la historia restante. Pudo estar ya contratado por Stahl, como parece que Brick Edwards va a confirmarnos apenas nos visite en el Departamento, y visitarle anoche, matándole por una razón que sólo usted sabría en realidad. En suma: es el único que estuvo en los dos escenarios de ambos crímenes, como prueban irrefutablemente su propia declaración, la existencia de su oficina donde Velda murió, y la fotografía electrónica obtenida en la finca de Stahl.

—Acepto todas las sospechas y evidencias posibles... menos esa fotografía —me irrité—. ¡Es totalmente falsa!

—¿Falsa? ¿En qué aspecto? ¿Va a refutar el criterio de mis técnicos?

—No, teniente. Pero tiene que haber algo falso en ella.

—¿Qué, por ejemplo? El brazo que tienden hacia usted, es el de Stahl. Su imagen se refleja en parte en un espejo, y no hay dudas sobre su identidad. Sobre la suya, tampoco. Usted mismo se identificó.

—Sí, pero... ¡yo nunca estuve allí, antes de esta tarde!

—Le repito que será un mal asunto sostener esa historia ante un jurado. La fotografía será más contundente que su elocuencia. Dekker.

—Teniente, podré ser un detective privado que, a veces, oculta informes a la policía, en su afán de servir al cliente —argumenté, a

la desesperada—. Pero honestamente, ¿me cree capaz de matar a dos personas a sangre fría?

—No sé nada sobre Velda Latimer, salvo su propia historia. Legalmente, no hay crimen sin cadáver. No le acuso ahora del asesinato de la Latimer, sino del de Wilburn Stahl, Dekker.

—¡Es absurdo! Nunca vi personalmente a Stahl..., hasta que contemplé hoy su cadáver. Estoy seguro de que alguien me suplantó.

—¿Alguien que tiene, casualmente, su mismo nombre y su misma cara? —bromeó Corey, sardónica la expresión.

—Sé que suena ridículo, pero no hay otra explicación posible, teniente. Yo sé que no la hay, porque sé que soy inocente.

—Solamente usted puede saber eso, Dekker. Lo importante estriba en convencer a los demás, ¿no se da cuenta de ello?

Me doy cuenta de muchas cosas. Entre ellas, de que estoy metido en un feo asunto. Pero no me es posible hacer nada por evitarlo. Lo lamento muy de veras, teniente. Haré lo que sea por convencerle.

—Mucho me temo que no va a poder hacer nada, si obro conforme me exige mi obligación —la voz de Corey, en ese momento, adquiría para mi tonos lúgubres.

—¿Su obligación? —mascullé.

—Eso es: esa obligación no es otra que... arrestarle ahora mismo, bajo el cargo de sospechas de homicidio en la persona de Wilburn Stahl.

Hubo un silencio de muerte. Una profunda y tensa situación en la oficina de policía de San Francisco, donde me hallaba ahora, tratando de razonar con él.

Tras esa difícil pausa, hablé con voz ronca:

—Teniente..., ¿está dispuesto a llevar a cabo ese trámite?

—Sí —me miró fugazmente—. Estoy dispuesto a ello, Dekker. Es mi misión de policía.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo, sí —y me miró, entrelazando sus dedos, pensativo.

—No puede hablar en serio —rezongué, malhumorado.

—No sabe lo serio que puedo ser a veces en lo que digo —me avisó con frialdad.

—Teniente... ¿y si tuviera una... una coartada? —sugerí de pronto, tras enjugarme el sudor de un manotazo.

—¿Una coartada? —dudó, mirándose la punta de sus dedos, como si en ellos estuviera la solución del problema—. ¿Qué clase de coartada, Dekker?

—Una chica.

—Ya —apretó los labios, y tabaleó sobre la mesa. No me miraba un solo instante—. Supongo que tendrá muchas amistades femeninas... Alguna de ellas podría cometer perjurio, si usted es convincente con ella, pero ¿sabe ella a lo que se expondría en ese caso?

—Teniente, está yendo demasiado lejos en sus suposiciones —me irrité—. Sé a lo que me expondría. Y a lo que expondría a ella... si jurase en falso. Pero le hablé de una coartada. Sólida y segura. Tengo un testigo que probará dónde estaba yo anoche, entre diez y doce de la noche, aproximadamente.

—¿Por qué no lo recordó hasta ahora? —El tono del oficial de Homicidios era receloso.

—No... no se me ocurrió siquiera. De repente, recordé... Nadie puede estar en dos sitios a la vez. Ella podrá jurar lo que diga. Interróguela, teniente. Haga cuantas pruebas quiera. Llévela adonde sea, sin que yo la vea antes personalmente. Le dirá lo mismo que yo digo ahora: estuvimos junios anoche. Entre diez y doce y media casi...

—¿Dónde?

En... su apartamento —suspiré, a disgusto—. Pero no piense mal. Es una chica hermosa. Me gusta. Tal vez le guste yo también a ella. Sin embargo, no hubo nada entre ambos. Sólo una reunión agradable. Una cena fría, unas copas, música, unos bailes, unos besos... y una despedida. Sólo eso.

—Sólo eso... —Me estudió, con tanta fe como si estuviera allí Satanás jurándole inocencia y candor—. El nombre de la chica, pronto.

—Espero que todo sea... confidencial, teniente —murmuré.

—Lo será, si es posible. Deme ese nombre. Yo haré el resto, Dekker.

Le di el nombre:

—Yvonne... Yvonne Jones. Powell Street, 1027. Apartamento 5-

D. Trabaja de camarera en el Chinese Club, en California Street.

Anotó todo eso con celeridad. Se incorporó, desprecizándose. El reloj de la oficina marcaba las cuatro y diez de la madrugada.

—Yo mismo investigaré esto —dijo—. Personalmente, y ahora. Usted quédese aquí. No está detenido aún, Dekker, en tanto confirmo esta posible coartada. Si la chica coincide con usted, quedará libre. Al menos, de momento. Si no...

Dejó la frase en el aire. Significativo. Yo no dije nada. Me eché atrás en el asiento.

—Tomaría un café mientras espero —gruñí—. Si no, voy a dormirme.

—Le haré traer un café —señaló el teléfono—. No podrá utilizarlo, ¿sabe? No se pondrá en contacto con ella.

Cortó el interruptor, aislando los receptores telefónicos de la línea. Se encaminó a la puerta, tomando su sombrero y su gabardina.

Le oí, ya en el umbral, dirigiéndose al exterior:

—No tomen llamadas de mi teléfono hasta mi regreso, bajo pretexto alguno. Absolutamente a nadie, ¿entendieron? Y no dejen telefonar a Dekker en absoluto. Es una orden.

Cerró tras de sí y pasó el pestillo. Me quedé encerrado en su oficina. Si a eso le llamaba él no estar detenido...

Clavé mis ojos en el teléfono, encendiendo un cigarrillo. Un vago temor me asaltó. ¿Y si Yvonne había olvidado...? No, no, imposible. Rechacé la idea por grotesca. Ella no podía olvidar eso. Era imposible. Nadie olvida una cosa así, siendo tan reciente. Sólo la noche anterior...

Y todo era cierto. Yo no había mentido esta vez. Fue una suerte que aceptase la invitación de Yvonne en su día libre, para cenar con ella, tomar unas copas, bailar, sentir su cuerpo entre mis brazos...

Una coartada. Aquello desorientaría a Corey como me tenía desorientado a mí, porque en la fotografía cronometrada algo fallaba. Yo hubiera querido saber lo que era, romper aquel peligroso hilo de la tela de araña, viscoso y maligno...

Yvonne se ocuparía de ello. Su palabra firme y segura sería suficiente para Corey. El sabía cuándo mentía una persona o cuándo decía la verdad. Había confiado en mí, pese a todo, y eso ya era algo. Quizá era mucho.

Fumé en silencio, esperando lo que sucedería no muy lejos de allí, en plena madrugada, en el apartamento de Yvonne Jones...

Me ponía nervioso permanecer sentado mucho tiempo. Me puse en pie. Caminé por el despacho, de un lado a otro. Me asomé a la ventana de la oficina de Corey. Era un segundo piso, sobre la calle charolada por la lluvia, reflejando las luces del alumbrado nocturno. Caía una tenue y persistente llovizna.

Mis ojos recorrieron la panorámica de San Francisco. Luces, edificios en la noche, un juego de sombras y de luz, de colores y de negro fondo húmedo...

Ventanas aisladas. Como ojos dispersos, abiertos a la noche acá y allá. Siempre había alguien despierto en la ciudad. Nunca dormía ésta del todo.

De repente, tuve cierta sensación de inquietud. No sabía por qué, algo me preocupaba. La ridícula idea de que mi coartada fallase, era del todo inadmisibile. Pero otras cosas más raras estaban sucediendo, para envolverme en la telaraña de una rara conspiración inexplicable.

Cuando el teléfono sonó allá afuera, al otro lado de la puerta vidriera cerrada, me apresuré a caminar, sigiloso, hasta ella. Escuché al agente de servicio en el antedespacho del teniente Corey:

—¿Sí? Ah, teniente, ¿es usted?... ¿Cómo?... Entendido, sí. Sí, señor. No, no. Sigue encerrado en su oficina No intentó llamar ni ha pedido nada... ¿Qué le retengamos ahí? Por supuesto. No, no tema, teniente... ¿Extiendo la orden de arresto? Conforme, señor...

Orden de arresto.

El «clic» telefónico al cortarse la comunicación era como el chasquido de la tapa de un ataúd sobre mí.

—Orden de arresto... —musité roncamente—. Algo ha fallado... ¡Ha fallado!

Lo inverosímil volvía a producirse. Yo no sabía cómo ni por qué, pero el teniente Corey iba a arrestarme bajo la acusación de homicidio.

Me aparté de la puerta vidriera sin hacer ruido tampoco ahora. Volví junio a la ventana. Miré al exterior.

El exterior... El aire libre, la lluvia, las luces.

La libertad.

Necesitaba llegar a ella. Quedarme allí era renunciar a todo.

Quizá para siempre, si aquello no se ponía en claro. El riesgo era demasiado grande.

Abrí cautelosamente la ventana. Afuera, el agente de servicio no imaginaba siquiera que yo había escuchado el leve tono de su voz. Tampoco debí notar que abría la ventana. Asomé.

Dos pisos sobre la calle, son una respetable altura. Aquella ala del edificio no poseía celdas ni estancias para detenidos y sospechosos. Sólo los despachos privados de jefes y oficiales. Abajo, la calle mostraba su negro asfalto, brillante de lluvia.

Dos pisos. Unas cinco yardas y media. Seis, en total, apurando mucho, hasta la marquesina que se extendía bajo mis pies. No había puertas abajo. Solamente la salida de vehículos del edificio. Una puerta cerrada durante la noche. Sin agente de servicio.

Respiré hondo. Tenía que decidirme. O dejarme encarcelar esa misma noche.

Era una locura, pero valía más que la rendición sin condiciones. Estando libre, un hombre ducho en ciertas cosas puede luchar por sí mismo y por su libertad. Entre rejas, no había solución posible. Ninguna solución, para ser exactos. Abogados, recursos, encarcelamiento...

Subí al alféizar. Calculé la distancia. Luego, volví al interior. Tomé un rotulador de la mesa de Corey. Escribí rápido, con grandes caracteres, en un papel:

«No sé lo que sucede, pero todo es falso. No soy culpable. Si Yvonne negó mi coartada, mintió. Tiene que creermelo, teniente. Para bien o para mal, elijo la libertad. Buscaré la verdad a mi modo, teniente».

Ahora, sí. Volví al alféizar húmedo. Salté al exterior con precauciones. Aferrado al saliente de piedra, colgué en el vacío, sobre la estrecha marquesina. Tomé impulso. Me dejé caer. Eran más de tres yardas a salvar. Perder la marquesina significaba el doble, y el golpe en el asfalto podría romperme las piernas o la cabeza.

Alancé la marquesina precariamente. Tuve que aferrarme al muro, jadeante, para no irme atrás, al suelo. Saltar desde allí al asfalto de la calzada fue ya tarea sencilla. Luego, miré a ambos lados de la calle lateral, alumbrada y desierta. Puertas cerradas,

ventanas con luces, y nadie a la vista.

Caminé decidido, en sentido opuesto a aquél donde se hallaba la fachada principal del edificio. Lo rodeé. Por atrás sí había ventanas enrejadas. Las dejé a mis espaldas. Otra calle me llevó a una parada de taxis. Subí a uno, dándole una dirección en Rincón Hill.

Una vez allí, caminé hasta tomar otro taxi, que me llevó ahora a The Embarcadero. Y de allí, un tercer vehículo me condujo hasta North Beach.

Imaginé que sería suficiente para desorientar a Corey y su desesperada búsqueda, que no era difícil suponer en estos momentos.

Buscar mi domicilio o mi coche en esos momentos, era tan suicida como pensar en ir al día siguiente a un Banco, a ingresar mi dinero en mi cuenta corriente. Era mejor deambular con los seis mil dólares en efectivo encima. Un hombre conocedor de San Francisco, con una suma semejante en los bolsillos, una pistola automática en la funda, y la necesidad de esconderse de la policía desesperadamente, podía hacer muchas cosas.

Todas las que yo estaba obligado a hacer para no ser cazado.

Por lo menos, para no ser cazado antes de verme cara a cara con Yvonne Jones, como primer paso en mi lucha furiosa por la libertad y por mi inocencia.

Yvonne Jones.

Una morena pizpireta, sensual y llamativa. Una chica con la que se podía ir a cualquier parte. Especialmente, si era solitaria y no muy iluminada.

Era la que parecía haber fallado, por alguna razón. Esa razón tenía que averiguarla, o no podría probar nunca dónde estuve la noche en que a un asesino caprichoso se le ocurrió clavar un clavo de oro de bastante peso y volumen en el rapado cráneo de Wilburn Stahl.

Yvonne Jones trabajaba de camarera en el Chinese Club, pero sólo por las noches. Por las mañanas acostumbraba a hacerlo en otro lugar, una escuela de hostelería situada en las proximidades de Montgomery Street, primeras estribaciones de Telegraph Hill.

Eran sólo dos horas de enseñanza para nuevas camareras, con una academia para profesionales del gremio que quisieran obtener trabajo en menos tiempo. Se lo pagaban razonablemente, y no era

demasiado sacrificio para ella.

Confiaba en que el teniente Corey no conociese esa segunda actividad de Yvonne. Yo, cuando menos, no se la había mencionado, y ahora me alegraba de ello.

Me encaminé a Montgomery Street, la vieja calle que marcaba los muelles de los antiguos días en la carrera del oro. Ahora, era una calle más de San Francisco, comercial, populosa y moderna.

A las nueve en punto empezaban las clases de hostelería práctica en la Academia. A las nueve menos cuarto entraba el personal de enseñanza, y poco después los alumnos.

Esperé en las proximidades, combatiendo mi sueño con café bien cargado en un bar, y vigilando atentamente en torno a toda posible presencia de policías o gente sospechosa en la vecindad.

Mi olfato no me señaló la existencia de enemigos al acecho. Tal vez Corey había olvidado ese pequeño detalle sobre Yvonne y sobre mí. Pero uno nunca podía estar demasiado seguro con el teniente Corey. Y yo, menos que nadie.

La espera se vio súbitamente compensada, cuando menos confiaba ya en ello.

Yvonne Jones apareció por la acera de la manzana, caminando con ligero taconeo hacia la entrada de la Academia. Llevaba amplias gafas de sol, aunque estaba nublada y triste la mañana, que yo había esperado oculto en un lugar del Barrio Chino donde tenía amigos, y confiaba que Corey no los tuviese.

Había dejado un taxi en la esquina cercana. En escasos segundos, alcanzaría la entrada al edificio, desapareciendo de mi vista. Eso era algo que yo no pensaba permitirle.

Era un gran riesgo, pero había que intentarlo por todos los medios. Ella seguía siendo mi único asidero. El único filo capaz de romper los hilos de la maldita telaraña.

Abandoné el bar donde tomaba café. Crucé la calle, hacia la acera. Salvé algunos coches, un autobús y una furgoneta de reparto comercial. Rápido, me atravesé en el camino de Yvonne, justamente cuando ella pasaba ante un establecimiento de cigarrillos y periódicos, provisto también de un mostrador para despacho de sodas.

Estaba bien calculado mi plan. Y resultó casi matemáticamente.

Aferré su brazo, ella musitó algo entre dientes, con sobresalto,

mirándome asustada, y la metí en el negocio, llevándola al desierto mostrador de sodas. La senté junto a mí, oprimiendo su brazo casi brutalmente. Observé su palidez creciente. Los ojos eran invisibles tras los oscuros vidrios de sus gafas, pero los imaginé abiertos y pedrosos, muy fijos en mí.

—Dale... —Oí su voz, en un jadeo tembloroso—. ¿Qué... qué significa...? ¿Qué haces tú aquí, ahora, y por qué...?

—Dos sodas —pedí al barman—. De limón.

El empleado se alejó para servirnos. No solté a Yvonne. Me incliné hacia ella, apretando los dientes con fría ira.

—Si intentas algo para huir o escandalizar, no dudaré en ser duro contigo, preciosa —dije, con voz tensa—. Y no me conoces aún en ese aspecto.

—Pero..., pero ¿qué te sucede, Dale? —gimió.

Notaba el temblor de su cuerpo, bajo el tejido de entretiem po. Por el escote vi vibrar su torso firme. Su brazo se estremecía bajo mi garra.

—Eso debería preguntar yo —mascullé—. Lo sé todo, Yvonne... Sé lo del teniente anoche. ¿Qué le dijiste? ¿Por qué falló todo? ¿Por qué has mentido?

Yo no sabía nada. Estaba jugando mi baza, aventurando. Y resultó. Ahora, hasta sus labios sensuales temblaron.

—Dale, por Dios... —sollozó—. Tuve que hacerlo...

—¿Tuviste que hacerlo? ¿Negar? ¿Por qué, Yvonne? ¡Yo estuve anteanoche en tu casa, de diez a doce y media cuando menos! ¡Estabas obligada a declararlo así!

—Dale, deja que te explique... —Su voz se apagó al llegar el barman con las dos sodas. Le pagué, esperando a que se alejara, y presioné con mayor fuerza el brazo de Yvonne, hasta saber que le hacía un daño considerable.

Ella contuvo un gemido, se mordió el labio, muy pálida, trémula y asustada. La vi mirar en torno, como si alguien nos acechara. Mi mano derecha estaba hundida bajo la chaqueta, cerca de la culata de mi pistola.

—Habla, y pronto —avisé roncamente—. No mientas. Te voy a arrastrar por la calle, si es preciso, hasta el Departamento de Policía, para que confieses. Yvonne, ¿quién te obligó a mentir? —¿Te han pagado acaso por perjudicarme? ¡Habla de una vez! Mi

paciencia es corta...

—Eso, eso es lo que quería decirte —jadeó—. No es culpa mía. Dale... Yo, yo no podía saber que era tan importante para ti... Haré lo que me pidas, lo que tú desees...

—¡Sólo te pido la verdad! —rugí entre dientes—. ¿Es tan difícil? No sólo que confirmes mi coartada, Yvonne, sino que confieses qué ha sucedido, por qué no has dicho todo a ese policía, como es tu obligación y tú deber...

—Dale, vamos..., vamos a cualquier otra parte. Ahora mismo —de nuevo su mirada de temor en torno nuestro—. Te lo referiré todo. Hasta la última palabra...

—¿Seguro? —dudé.

Palabra, Dale. Te lo prometo. Luego, iremos a ver a ese hombre, diré cuánto debí decirle anoche... Espero que lo entiendas, querido. Confío en que no me juzgues peor de lo que merezco realmente...

—Bien —me arriesgué—. Vamos. Tomaremos un taxi afuera. Deja hoy el trabajo. Te llevaré a un lugar que sólo yo conozco. Estaremos solos, aislados. Hablarás cuánto desees, sin que nadie te moleste. Sin que ningún peligro te aceche. Peligro... ¿Es eso lo que temes, Yvonne?

—Sí, sí... —musitó con un escalofrío.

—¿Alguien te persigue, te amenaza? —insinué, algo escéptico aún.

—¡Sí, por Dios! —sollozó—. Vamos, vamos ya...

Abandonamos el local, y las dos sodas quedaron intactas.

Salimos a la calle. Miré a ambos lados. Un taxi pasaba por el lado opuesto, sin viajeros. Le hice una seña. Emprendimos carrera a través de la calzada...

De repente, sucedió.

Yvonne exhaló un grito ronco. Giró sobre sus tacones y me miró con horror. Vi en su mirada, al oscilar sus gafas sobre la nariz, y caerle al asfalto, una vidriada, tremenda expresión de horror.

—¡Dale! —chilló—. ¡Dale!... ¡No quiero —morir!

La contemplé, aturdido. Saqué rápido mi pistola. La gente gritó, corriendo en torno, despejando la zona en derredor. Un agente de tráfico del cercano cruce, giró la cabeza hacia nosotros.

Yvonne empezaba a caer. Se le flexionaban sus bonitas piernas, incapaces de sostener su cuerpo esbelto y llamativo. Intenté

sujetarla con ambos brazos, y escapó de ellos, agitada por una convulsión.

Vi su amplia mancha de sangre, que se agrandaba por momentos, en su costado izquierdo, en torno a un oscuro y feo boquete. Juré entre dientes, rabioso, buscando con la mirada, con la pistola automática a punto de disparar, en pos del punto de origen de aquel impacto de muerte, quizá un disparo de rifle lejano, con mira telescópica, o de un arma más próxima, pero dotada de silenciador.

¡Yvonne! —mascullé, furioso, desesperado—. Yvonne, muchacha...

Sus rodillas tocaron el asfalto. Luego cayó de bruces, murmurando algo que mi oído captó difícilmente:

Me obligó. La amenaza..., el dinero... Dale, perdón...

El taxista, asombrado, corría hacia nosotros a ayudarnos. También el policía de tráfico, y eso era lo peor. Miré con angustia a Yvonne. No se movía. La boca estaba convulsa, la mirada vidriada...

Estaba seguro de ello: había muerto.

Yvonne, muerta, no significaba ya nada. Mi coartada, mi única evidencia posible... se difuminaba con ella misma, con su vida.

No había localizado a nadie en lomo nuestro. El policía estaba demasiado cerca. El taxista se inclinaba sobre Yvonne, solícito.

—Cielos, señor —le oí decir—. Parece que está muerta...

No esperé a más. Salté al taxi abandonado. Cerré la portezuela tras de mí y puse en marcha el vehículo de alquiler. El taxista se volvió, exhalando un agudo grito de alarma. El policía apresuró su carrera. Oí un silbato a mi espalda.

No me detuve por nada de ello. Al contrario, aceleré la carrera pisando a fondo el acelerador. No respeté un paso de peatones y el coche giró, con un largo chirrido de ruedas, en la esquina inmediata.

El taxímetro se hundió en el tráfico matinal de la ciudad, buscando calles más despejadas, virando bajo mis manos, aferradas al volante, con celeridad suicida, en cada esquina que me parecía propicia para huir, para escapar a cualquier persecución.

Detrás mío quedaba el cadáver de Yvonne Jones en medio de la calzada, muerta de un silencioso impacto de bala certera. Alguien la

había vigilado hasta verla conmigo, y la atinó justo a tiempo. Quizá la misma persona a quien ella debía referirse con aquellas palabras finales de: «Me obligó... La amenaza... El dinero...»

También quedaba con ella mi única coartada posible. Incluso podía suceder que me acusaran de este nuevo crimen. Para los testigos de la confusa escena, quedaría en la retina la imagen de un hombre armado, huyendo tras la muerte de Yvonne, robando para ello un taxi...

Mi descripción le bastaría al teniente Corey para poner tras de mis talones a toda la policía de San Francisco, e incluso de California.

Dejé el taxi robado en una calleja, y me encaminé a una parada de autobús, mezclándome con la gente que viajaba hacia Bayshore Freeway.

Pero antes de eso, pude tomar un periódico de un puesto de venta. Era la última edición matinal del San Francisco Tribune:

Adquirí aquel periódico solamente por su titular, que cubría toda la primera página:

«Hallazgo del cadáver de una hermosa rubia. Velda Latimer, famosa como amante reciente del difunto Wilburn Stahl, asesinada anoche, ha sido encontrada sin vida en el interior de un automóvil del *parking* subterráneo del edificio donde un detective privado, buscado por sospechas de homicidio, tiene, su oficina».

Era lo único que me faltaba aquella mañana, para sentirme el ciudadano más desgraciado y malhumorado de todo San Francisco.

CAPÍTULO V

MACABRA SINFONÍA

Fue un hermoso funeral, de eso no había duda.

El cadáver de un hombre de oro reposó en un dorado panteón que valía millones. Bajo mármoles preciosos e inscripciones en letras macizas de oro. Digno colofón a la vida de alguien que sólo vivió en la opulencia, por y para el dinero.

Así pasó Wilburn Stahl a la Eternidad. Entre cánticos funerarios, alardes de ceremonias fúnebres, y la presencia de ricos competidores, amigos o enemigos del magnate.

No pude estar presente, pero lo vi por televisión. Las cámaras no podían estar ausentes en tan señalada efemérides necrológica.

Por ello los funerales de otras dos personas, Yvonne Jones y Velda Latimer, pasaron totalmente inadvertidos para el gran público. No era justo, pero así eran siempre las cosas en el mundo.

Los tres fueron enterrados en un mismo día. Tres víctimas de tres diferentes asesinatos. Acaso unidos por el mismo nexo. Y cometidos por una misma mano.

Observé por televisión la presencia de personas conocidas en el funeral grandilocuente del nuevo Midas americano: Brick Edwards, que era un hombre alto, cetrino, joven aún pese a su blanco cabello bien cuidado, con aspecto de *play-boy* de lujo. Baffs Lane, el que fuera llamado pomposamente «jefe de seguridad de Wilburn Stahl», un vulgar guardaespaldas, con la responsabilidad de esa seguridad sobre sus anchas espaldas, era el típico gángster de mediana categoría, encumbrado por el miedo de un multimillonario a sus nutridos enemigos.

También, cómo no, muy patética en su gris enlutado, vi a las irreconciliables y ambiciosas damas Cynthia Mayo y Dyan Mitchell.

La amante en desgracia de Stahl, y la sobrina del prohombre, no se dirigieron la palabra en toda la ceremonia, pero fingieron muy bien su dolor, evidentemente ficticio.

Lo que me divirtió fue el comentario final del comentarista, cuando el panteón del difunto era clausurado —curiosa coincidencia— con clavos de oro auténtico que cerraban su último recinto.

El comentarista, en su frase última, dijo aproximadamente:

—... Y en este momento de dolor, unimos el nuestro al de las parientas y amigas del finado, señoritas Mayo y Mitchell... y también, por supuesto, al hermano del difunto, al caballero Bradford Stahl, a quien mucha gente dio por desaparecido hace años en Australia, y de quien ha llegado un cable, lamentándose por la pérdida de su hermano Wilburn, y anunciando su próxima llegada al país...

Me eché a reír de buena gana. ¡Un hermano de Stahl, completamente ignorado hasta entonces! Eso echaba por tierra todos los planes de las mujeres, si Stahl, como suponía, no hizo testamento. Su inmensa fortuna iría, íntegra..., a Bradford Stahl, el hombre de Australia.

Un golpe teatral divertido. Una dura lección para las dos despiadadas mujeres.

Yo seguía oculto en un lugar de Chinatown. Tenía amigos entre los ciudadanos orientales de San Francisco, y su amistad era ahora mi única esperanza en continuar libre.

Los periódicos publicaban fotografías mías, la policía daba frecuentes batidas... y unos traficantes de opio de Chinatown me probaban ahora su vieja amistad, ocultándome a las fuerzas de la ley.

Pero esta situación no podía durar mucho, y yo lo sabía. Era preciso, además, hacer algo.

Lo malo era que..., ¿qué se podía hacer en mi situación?

La puerta del panteón faraónico del difunto Stahl fue la última imagen captada por las cámaras de televisión, en su transmisión del fúnebre acto, con música de órgano. Leí en las doradas letras preciosas, sobre el mármol, el singular epitafio de aquel hombre sorprendente, que vivió entre oro y con oro había muerto, para ir a reposar bajo el oro.

Debajo de su nombre y fecha de nacimiento, el epitafio era sencillo y enigmático:

«Dentro de este recinto, el hombre cuya palabra era ley, sólo hablará ya con la helada voz de los muertos».

La helada voz de los muertos...

Era una macabra idea la de Stahl. Ya sabía yo por biografías suyas, recientemente publicadas en la prensa, a raíz de su muerte, que había sido siempre un excéntrico sinuoso y sutil, de rara imaginación y perversas intenciones. Su inmensa, incalculable fortuna, que uno imaginó siempre que no pudo ser hecha honradamente, quizá porque nadie hace nunca semejantes fortunas con honestidad, tenía ciertamente oscuros orígenes. Pero el oro casi todo lo tapa con su brillo, y parecía que en el caso de Stahl no había sido una excepción, ni mucho menos.

Lo cierto es que cuando terminó el funeral, yo pensaba también en aquel oscuro epitafio, diciéndome a mí mismo que sólo la helada voz de unos de aquellos muertos, concretamente de Yvonne Jones, podía salvarme a mí de la cámara de gas, cuando fuese capturado.

Pero esa fría voz de ultratumba era imposible que sonara. Porque la voz de los muertos nadie puede oírla.

O, cuando menos, eso pensaba yo entonces...

El cetrino caballero de blanco cabello pulcro y fríos ojos oscuros me contempló con cierta sorpresa, desde detrás de la máscara de hielo que era su bien cuidado rostro. Un rostro cuya coloración no era ajena a sesiones habituales de radiaciones ultravioleta para conservar aquella atractiva tonalidad broncea.

—Cielos... —dijo con aspereza, revelando una leve nota de sobresalto—. Usted es Dekker. Dale Dekker, el asesino.

Sonreí cómo podía hacerlo un lobo que se decidiera a ensayar una sonrisa. Pero parapetado detrás de mi automática fija en él.

—Sí —convine secamente—. Soy Dale Dekker. Pero no un asesino. Aún no he matado a nadie, señor Edwards. De usted depende que todo siga igual.

—No es eso lo que dicen los periódicos...

—¡Los periódicos! —rechacé—. Nunca crea demasiado en ellos.

—También he hablado con un viejo conocido suyo.

—¿El teniente Corey?

—Sí, el mismo. Opina igual que esos periódicos, señor Dekker —manifestó con absoluta frialdad mi interlocutor.

—Y quizá tenga razón —reí—. Todavía puedo ser un asesino, señor Edwards. Si he de ir a la cámara de gas, esté seguro de que no dudaré lo más mínimo en arrastrar a quien sea conmigo. No soy el clásico inocente que se deja llevar por la fatalidad y va con los pantalones arrugados y el paso torpe hacia la muerte. Los culpables de lo que me está sucediendo no lo pasarán mucho mejor que yo, en cuanto decida mi actitud hacia ellos. Y usted puede ser uno de esos culpables.

—Creo que se equivoca en mi caso concreto, señor Dekker.

—Es posible. Correré el riesgo de llevarme por delante a algún otro inocente. Así no estaré solo.

—¿Es su táctica? ¿Ir a la desesperada... caiga quien caiga?

—Caiga quien caiga —confirmé con acritud.

Me estudió en silencio unos momentos, desde detrás de sus instrumentos de gimnasia. Potro, poleas, pesas... Se cuidaba para estar siempre esbelto y en forma. Quizá tenía cuarenta y cinco años, pero aun con el cabello tan blanco, aparentaba treinta y siete o cosa así.

Junto a mí, yacía la barba inútil, autoadhesiva, que llevara adherida a mi rostro cuando entré en el Athletic Club del que era miembro. En una mano, esgrimía mis gafas de gruesa montura y el sombrerito.

Todo aquello me había permitido entrar en el club e incluso deambular por ahí, sin ser identificado. Había averiguado lo suficiente sobre Erick Edwards, secretario personal del difunto Wilburn Stahl, para saber dónde encontrarle llegado el caso.

—Está bien —dijo al fin de mala gana, como aceptando lo peor—. ¿Qué espera de mí, exactamente?

—Colaboración, Edwards —repliqué.

—¿Qué clase de colaboración?

—Oriénteme sobre el laberinto en que me muevo. Con usted y con Velda empezó todo. Ella fue a mi despacho. Nunca supe a qué. Cuando le abrí, cayó en mis brazos, simulando una escena pasional, y la mataren mientras la interpretaba. Luego, me golpearon para robar el cuerpo.

—Entretanto, parece que usted cobró sus mil dólares —dijo secamente él—. ¿Es ético eso?

—No, no mucho. Pero eran mil dólares. Y consideré a Velda Latimer, viva o muerta, como mi cliente. Sigo considerándola así.

—También se quedó cinco mil dólares míos. Es decir, del señor Stahl. ¿Eso le convertía también a él en su cliente? —El tono de Edwards era frío y mordaz.

—Si usted enviaba a Velda Latimer con ese encargo, sí —repuse con la misma frialdad agresiva—. Formaba parte de la gestión. Pero como nunca supe qué querían de mí, conservo ese dinero. Y espero hacer algo por Velda Latimer: cuando menos, cazar a su asesino y entregarlo a la justicia.

—¿Y al asesino de Wilburn Stahl? —sugirió Edwards, irónico—. Si aceptó su dinero...

—Perdone. Acepté dinero suyo, Edwards. Usted firmaba aquel recibo en nombre de Stahl. Y, para el momento de tomar yo el dinero, Stahl estaba muerto ya. Personalmente, me parece muy bien que alguien enviara al infierno a ese individuo. Estoy seguro que no hubiera simpatizado con él. Pero tengo su dinero, y eso me obliga también a encontrar a la persona que hincó el clavo de oro en el cráneo de su jefe. Por otro lado, sospecho que ésa es la única posibilidad que tengo de eludir yo mismo una acusación por asesinato: entregar a la policía al auténtico responsable.

—Todo eso suena muy bien, pero ¿qué tengo que ver yo en todo ello? —Pasó Edwards al ataque—. Su presencia aquí, esa arma, sus amenazas contra mí...

—Edwards, en usted comienza todo. Envié a Velda Latimer a mi oficina. Por tanto, sabía que ella estaría allí a determinada hora. De igual modo, sabía que Stahl iba a recibir una visita que, no sé por qué, pensaba él que sería la mía, en momentos en que yo desconocía siquiera que mi persona interesara a alguno de ustedes, y cuando aún no era siquiera cliente mío en absoluto. Por tanto, he venido a buscarle a usted para que me aclare las cosas o, en caso contrario, pague por ellas como estoy pagando yo, sin ninguna clase de clemencia. Ya le dije que estoy dispuesto a que caiga quien sea, y no bromeo ni cometo engaño alguno al hablar así.

—Lo creo —suspiró Edwards, mirándome fijamente—. Usted no me dijo que Velda Latimer no le hubiera informado de todo cuando

le visitó, antes de ser asesinada.

—No venía a cuento entonces. Pero así ocurrió. En resumen: ¿por qué iba a pagarme ella mil dólares? ¿Por qué llevaba cinco mil dólares suyos para entregarme? ¿Qué caso pensaban ofrecerme, y cuál era mi papel en todo ello? Sabiendo eso, tal vez entienda por qué se me ha metido en este embrollo por parte de alguien. Créame: no es agradable correr en las tinieblas, sin saber adónde ir ni a quién buscar..., ni siquiera por qué.

Brick Edwards, secretario personal de Wilburn Stahl, respiró hondo. Me miró, muy fijo. Sus palabras fueron tranquilas y frías, como parecían serlo siempre, aun en las situaciones más difíciles:

—Tendrá que aceptar mi palabra de honor de que nada sé sobre los mil dólares personales de Velda Latimer. Ni yo ni el señor Stahl le encargamos otra cosa que el pago de cinco mil dólares en efectivo a Dale Dekker, investigador privado, por ocuparse de un asunto personal del señor Stahl. ¿Está claro?

—Ni mucho menos. Pero continúe. ¿Qué «asunto personal» era ése?

—Debía usted proteger la vida del señor Stahl. Y descubrir a la persona que intentaba asesinarle.

—Un poco tarde para eso, ¿no cree? Cuando Velda Latimer llegó... Stahl ya estaba muerto en su pabellón de verano, con el hermoso claro de oro en el cráneo.

—Pero eso, Dekker, ni él podía preverlo cuando dispuso el encargo, ni yo al depositar el dinero en manos de Velda Latimer, que era quien le hablaría del asunto, sin revelar primero la identidad de su cliente, y en quién parecía confiar el señor Stahl al respecto.

—¿Eso quiere decir que desconfiaba de su amiga oficial, la señorita Mayo, y de su sobrina, la señorita Mitchell?

—Puedo asegurarle que ni Cynthia ni Dyan merecían su confianza, ciertamente —asintió con cuidadas y bien escogidas palabras mi interlocutor.

—Ya veo. ¿Y usted? ¿Era de su total confianza, Edwards?

—Siempre creí que sí. Cuando menos, conocía el asunto, y tramité todo ello al respecto. Si no acudí personalmente a usted, fue porque Velda Latimer, pese a haber sido actriz teatral en pequeños papeles, y starlett en Hollywood para la televisión, no era muy

conocida, y podía representar sin problemas a Wilburn Stahl, desorientando a cualquier posible espía.

—Ya ve que no desorientó a nadie. Eso prueba que el presunto espía estaba muy bien informado al respecto.

—Ahora, todo eso parece evidente. Pero yo no tengo la culpa de ello. Le aseguro que no informé a nadie, ni traicioné jamás la confianza del señor Stahl.

—Pero ignora por qué Vera Latimer puso mil dólares en un cheque a mi nombre, cuando vino a verme.

—Sinceramente, sí.

Hubo un corto silencio. Todo seguía tan oscuro como al empezar la entrevista. Si aquel hombre no me ocultaba algo, las cosas continuaban tan inexplicables como al principio.

—¿Cuándo le habló Wilburn Stahl sobre mí y mi contratación a su servicio? —quise saber.

El día antes. Exactamente a las ocho de la mañana del día en que fue asesinado él.

—Velda Latimer tardó más de veinticuatro horas en aparecer en mi oficina...

—Tuve que localizarla en Los Ángeles y hacerla venir. Velda se había ausentado de San Francisco unos días. Recuerde que aún no era la amiga oficial del señor Stahl, con quién continuaba como aparente compañera de su vida Cynthia Mayo.

—Ya. La eterna costumbre de Stahl... ¿Usted no volvió a ver a su jefe?

—Yo no veía constantemente al señor Stahl. Mis ocupaciones y las suyas eran demasiado grandes para que ello ocurriese. Además de ser su secretario particular, me ocupaba de la gerencia de alguno de sus negocios. Cuando estaba en su finca, rara vez me necesitaba más de un par de veces por semana, para resolver sus asuntos personales. Yo no podía saber, al otro día, que él estaba muerto, como nadie lo sabía.

—Pero él esperaba recibirme esa noche. ¿Por qué motivo, Edwards? Yo aún no había sido contratado para entonces...

—Sé tanto como usted al respecto. Yo no le había telefoneado ni visitado para decirle que estaba contratado usted. De modo que algo debió suceder, a espaldas mías, que le convenció de lo contrario. Tal vez alguien se hizo pasar por usted y le llamó. O por

mí, pongamos por caso. Entonces, creyó de buena fe en la veracidad del contrato, y esperó su visita, que acaso concertó telefónicamente. Le aseguro que en esa cuestión lo ignoro todo... pero vi la fotografía obtenida por la oculta cámara electrónica... y la persona allí fotografiada era usted. De eso no cabe la menor duda.

—Sin embargo, nunca estuve allí. Esa noche yo acompañaba a una bella joven en una velada íntima y sin complicaciones amorosas excesivas. Era joven era Yvonne Jones, ¿comprende?

—¿La joven asesinada en plena calle el otro día?

—La misma, Edwards.

—Comprendo. Ella era su coartada ante la policía, en ese caso.

—¿No llegó a hablar ante la policía?

—Eso es lo más fantástico: habló a la policía. Pero mintió. Dijo que yo no había estado con ella esa noche. Que estuvo sola en su casa, ¿entiende?

—Entiendo, sí. Pero no parece tener mucho sentido.

—No tiene ningún sentido. Yvonne era incapaz de algo así. Se asustó al verme. Creo que ya estaba asustada de antemano. Y cuando iba a morir me confesó algo: la habían amenazado, y también coaccionado con dinero. Pagaron su testimonio, pero amenazándola si no cumplía su parte fielmente. ¿Quién pudo localizarla, tener interés en romper mi coartada en pedazos, y lanzarme en brazos de la ley bajo una acusación formal de asesinato? Eso es lo que quiero saber, Edwards. Y eso es lo que estoy dispuesto a descubrir, aunque tenga que morir en ello. Y, naturalmente, si estoy dispuesto a dejar la piel en el asunto, imagine lo que pensaré respecto a los demás.

—Caiga quien caiga, ya lo dijo usted antes —suspiró cansadamente Edwards—. Y le creo. Sé que es persona capaz de hacerlo. Por desgracia, no puedo ayudarle mucho. Sé poco sobre el asunto. Solamente lo que le dije antes: Stahl quería contratar sus servicios porque tenía miedo respecto a su vida. No me aclaró más, ni yo le pregunté. A fin de cuentas, un hombre como Wilburn Stahl, siempre tiene muchos problemas que no revela ni a su secretario particular.

—Edwards, ¿sospecha usted de alguien, como posible enemigo mortal de su difunto jefe?

—No. Pero creo que él sí sospechaba de esa persona, y quería

hacerle a usted partícipe de sus sospechas, para confirmarlas. La tensión de los últimos meses había desembocado en una profunda crisis, a juicio mío.

—¿Tensión? ¿De Wilburn Stahl? —indagué, interesado.

—Sí —afirmó el hombre del cabello blanco solemnemente—. ¿No lo sabía usted? Una revista sensacionalista había lanzado la especie de que Wilburn Stahl era responsable de un homicidio colectivo sobre treinta personas.

—¿Treinta? —Tuve un parpadeo de asombro.

—Un viejo asunto que nunca se aclaró: un tráfico de drogas en gran escala, con un barco guardacostas asaltado, y su tripulación muerta. También murieron los ocupantes de un pesquero californiano, presentes en el hecho. La maledicencia acusaba a Wilburn Stahl de negocios sucios, y de ser directo autor de esa matanza, al frente de un grupo de asesinos a sueldo, para salvar un cargamento de estupefacientes por valor de millones de dólares, llegado por mar a California. Naturalmente, eso era una calumnia vergonzosa, y el señor Stahl se querelló contra esa publicación. Ganó el pleito inicial, pero la revista iba a apelar a más altos tribunales, y se iba a formar una fea polvareda en torno a su nombre. Eso le tenía hondamente disgustado. Tal vez le hizo notar más que nunca lo solo que estaba en su caparazón de oro, rodeado sólo de gente atraída por el brillo del metal. Tuvo miedo de que peligrara su vida, y pensó en un detective privado. En usted, exactamente. Fue él quien eligió su nombre entre una relación de investigadores con un breve historial profesional adjunto, y las respectivas referencias policiales adjuntas.

—Supongo que debería sentirme orgulloso, Edwards —rezongué—. Pero maldita la gracia que me hace la distinción del omnipotente Wilburn Stahl, en estos momentos. Tal vez al elegirme firmó mi sentencia de muerte, con tanta certeza como la suya propia...

CAPÍTULO VI

ECOS DE ULTRATUMBA

Baffs Lane estaba sin trabajo.

Tal vez llevaba años sin aparecer por el gimnasio de Kingman, en O'Farrell Street. Ahora estaba allí de nuevo.

Le contemplé tras mis gafas oscuras. La peluca y la barba autoadhesivas hacían de mí un tipo bastante diferente, al menos a primera vista. Y de eso se trataba. No convenía que nadie me identificase, haciendo caer a la policía sobre mí, como las moscas sobre la miel.

Lo cierto es que era Baffs Lane, el que fuera «jefe de seguridad» de Wilburn Stahl en el majestuoso Stahl Park. Los herederos del magnate no querían sus servicios, eso era evidente. Recordé haber leído en los diarios que el hermano del multimillonario, Bradford Stahl, había llegado de Australia. Ante la ley, era el heredero absoluto de la inmensa fortuna de Wilburn, pese a cuánto pretendieran reclamar Cynthia Mayo e incluso la joven sobrina, Dyan Mitchell.

Lane no me interesaba en absoluto. Me limité a verle, en compañía de algunos otros gangsters habituales en el lugar, y de boxeadores profesionales amigos, más o menos «sonados».

Luego me encaminé hacia Van Ness Avenue, donde tenía que ver a alguien esa misma tarde en que sorprendiera al altivo señor Edwards en su club atlético, cuidando la forma de su figura y rebajando las posibles grasas superfluas.

Ya no residían las damas en Stahl Park. Ni Cynthia Mayo, la amiga oficial de tanto tiempo en la vida de Wilburn Stahl, ni la

joven sobrina. Y esta última era la que iba a ser visitada en la tienda de modas donde acababa de colocarse, según refería cierta publicación de chismorreos social.

Durante mi vida escondida en Chinatown, eludiendo el cerco policial sobre mi persona me había hecho lector asiduo de todo cuanto podía orientarme sobre el mundo dorado de Wilburn Stahl y la gente que le rodeó. Era mi única forma de ir atando cabos y buscar a un presunto culpable, que cada vez veía más lejano... y más inaprensible.

La tienda de modas era una *boutique* moderna distinguida y de escasa concurrencia, a juzgar por su aspecto al caer la tarde. Observé el deambular de la joven dentro del negocio, hasta que éste cerró sus puertas. Era ya noche cerrada, y brillaban las luces y escaparates en la calle de una noche nublada que presagiaba nuevas lloviznas sobre la ciudad.

Dyan Mitchell abandonó la tienda, encaminándose hacia un cercano aparcamiento. La abordé en el camino, súbitamente.

—Buenas tardes, señorita Mitchell —dije, poniéndome a caminar a su lado.

Ella me miró, preocupada. Un hombre desconocido, abordando de noche a una dama solitaria, no es cosa tranquilizadora en ninguna ciudad como San Francisco.

Paró en seco, mirándome agresiva.

—No le conozco de nada, señor —replicó—. Será mejor que me deje, o llamaré a la policía.

No lo haga —suspiré, despegando por un instante mi barba autoadhesiva—. ¿Me recuerda ahora?

—¡Cielos! —Abrió mucho sus ojos color del tiempo—. Usted... ¿es Dale Dekker, no es así?

—Así es —asentí—. Y no me reproche el disfraz. Es horrible, lo sé. Los detectives ya no nos disfrazamos. Pero este caso es especial. Vale más un mal disfraz que enseñar una cara demasiado conocida.

Me ajusté de nuevo la barbita, y seguí andando. Ella caminó a mi lado, más calmada. Cosa rara, teniendo en cuenta la fama que me atribuían los periódicos.

—¿De dónde sale? —murmuró la joven heredera de Wilburn Stahl—. He leído cosas horribles sobre usted, últimamente...

—Y las ha creído, naturalmente.

—En absoluto —rechazó con un movimiento de su cabecita suavemente rubia—. Ni una palabra, señor Dekker.

—No me llame «señor». Me hace sentirme viejo. Y le aseguro que no lo soy, aunque lo parezca a su lado. Sólo debo llevarle seis años, jovencita. No soy un abuelo.

—Dekker, ¿qué está sucediendo? —Me miró pensativa, sin dejar de caminar—. Tío Wilburn está muerto y sepultado. Tío Bradford ha aparecido como llovido del cielo... para quedarse con todo. Pero sigo preguntándome por qué murió tío Wilburn, quién le mató... y por qué usted estaba en una fotografía electrónica, si parece que no llegó a visitar nunca a mi tío, en vida.

—Es lo que pretendo descubrir. Llegar al fondo de la cuestión, ¿comprende, Dyan? Usted es su sobrina, usted residía en Stahl Park. Tiene que saber algo, haber observado alguna cosa... ¿Quién pudo odiar tanto a su tío como para hincarle ese clavo de oro en la cabeza?

—Cualquiera —suspiró ella—. Yo misma.

—¿Usted? —Me horroricé.

No se asuste —rió de buena gana—. No lo hice, si eso es lo que teme. No llegué a tanto, pero en cuanto a aborrecer a alguien... todos sentíamos lo mismo hacia tío Wilburn. Era cruel, feroz, despiadado y astuto como pocos. Su mente retorcida siempre ideaba algo perverso y maligno. Le encantaban las charadas, desafiar el ingenio de las gentes, burlarse de todos y salir triunfante. Además, era duro como el mismo metal que tanto amó. O como la piedra, diría yo. Sólo tenía un ser querido, por quien lo hubiera sacrificado todo: el dinero.

—Buen ejemplar el tal Wilburn Stahl —comenté, ceñudo.

—Decía que era capaz de lograr cuanto se proponía. Y quizá tuviese razón. Pero alguien le venció: la muerte. No me sorprendería que cualquiera de los que le rodeaban fuese el culpable. Ni Baffs Lañe, ni Brick Edwards, ni mucho menos Cynthia Mayo, le querían lo más mínimo. Sólo su dinero les mantenía pegados a él, como un imán.

—No parece ser mucho mejor su tío Bradford. —Comenté.

—¡Oh, ése! —Se encogió de hombros, y me chocó no ver odio o ira en sus ojos—. Siendo un Stahl, no puede ser bueno. La verdad es que todos le dábamos por muerto y bien muerto. De repente,

aparece lleno de vida. Y se queda con todo. La verdad es que no deja de tener su gracia, aunque yo, su sobrina, me quede sin un centavo.

—¿Cómo es realmente Bradford Stahl?

—O le conozco muy bien. Sólo por fotografías y cosas así. Le he visto anteayer en la finca. Me trató fríamente, y dijo que intentaría resolver mi situación para que no me faltara lo más indispensable, pero que quería hacer muy diferentes las cosas en Stahl Park, y no necesitaba en torno a pistoleros ni parientes. Le mandé al diablo y me fui.

—¿Usted no le había visto antes de ahora? —insinué—. Podría ser un suplantador...

—Oh, no. De eso no hay duda: es un Stahl —rió ella—. Los mismos ojos de tío Wilburn, su misma expresión maligna... Pero diferente color de pupilas, cierto cabello en su cráneo, y quizá algo más gordo todavía. Eso es todo. Nadie podría confundir a un Stahl, cuando menos estando vivo. Hablan y se mueven, miran y se expresan de un modo muy peculiar, Dekker. No, no es un intruso ni un falsario, estoy bien segura.

—Pudo matar a su hermano —señalé—. A veces, se mata a distancia. Desde Australia se puede pagar a un asesino profesional que haga la tarea, y llegar luego con aire inocente. Eso es una buena coartada. Y con tantos millones de por medio, todo parece posible.

—No me sorprendería que lo hubiera hecho —confesó ella, riendo maliciosa—. Pero si es así, que disfrute su fortuna. Si es que puede. El oro de los Stahl, sólo engendra odio, violencia y sangre. Se ganó con violencia y con muertes. Es justo que así suceda.

—¿Usted cree en la historia de Whisper? —indagué, recordando la revista escandalosa, de la que me había procurado un ejemplar apenas Brick Edwards me contó la historia de la masacre en alta mar.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros la muchacha—. Harían falta muchos exorcismos para purificar el nombre de los Stahl y limpiarlo de sangre humana derramada. Nadie hace tanto dinero de forma limpia y honesta, no lo dude.

—No, no lo dudo —convine con un suspiro—. Dyan, empieza a serme usted simpática.

—¿De veras? —Se paró a contemplarme, entre divertida y halagada, bajo la luz de una farola, en el cruce con Market—. Eso es muy confortante. Creo que fuera de Stahl Park y su mundo extraño hecho de oro y de supersticiones, una vive liberada y vuelve a ser quien siempre debió ser. Nunca volveré allí, créame.

—¿Habló de supersticiones? ¿Era supersticioso su tío Wilburn?

Bueno, algo parecido... El decía que los muertos pueden hablar desde el Más Allá y revelarnos cosas inconfesables que nadie sabemos. La fría voz de los muertos es la más sabia de todas, conforme a sus teorías. Me gustaría saber lo que piensa ahora, si es que piensa algo.

—La helada voz de los muertos... —recité, con un estremecimiento—. Eso me recuerda algo: un epitafio en un mausoleo grandioso.

—Lo hizo grabar él. Decía que, incluso muerto, dejaría oír su voz alguna vez, para condenar a muchos de los que quedaban aquí... Esa clase de ideas tenía. Por eso hizo construir un auténtico palacio para su cadáver. Era la obsesión funeraria propia de los egipcios.

—Ya entiendo —asentí, ceñudo. De repente, recordé algo, relacionado con el panteón lujoso—. Vi su puerta claveteada, en televisión, durante el dorado funeral. ¿Era uno de esos clavos, tal vez, el que...?

—Oh, no. ¿Es que no lo sabía? —sonrió la muchacha, mirándome.

—¿Saber... qué? —indagué.

—El museo que tío Wilburn mantenía en el jardín. Poseía copias de las cosas más significativas de la historia de nuestro país. Entre ellas, una pieza idéntica al clavo de oro macizo que se conserva aquí, en San Francisco, en la Universidad de Stanford. ¿Entiende? Se trataba de una reproducción propia del clavo de oro que permitió el enlace de las vías del Union Pacific en Promontory Point, Utah, en 1869. Igual que el clavo auténtico de la Universidad, estaba hecho en oro de veintitrés quilates[1]. Con él mataron a tío Wilburn. No se le puede negar imaginación a su asesino.

Demasiada, creo yo —mascullé—. Aún me pregunto cómo pudo obtener una fotografía mía... no estando yo en el lugar.

—¿No habló usted antes de suplantadores? —sonrió Dyan Mitchell, mirándome—. Es usted un guapo mozo, pero creo que si se buscara con interés, se podría encontrar a alguien que, debidamente retocado, pudiera «dar» en fotografía el suficiente parecido de usted como para engañar a una cámara fotográfica. Y a los que vieran esa foto, naturalmente.

Me quedé mirando con sorpresa a la muchacha. Una idea absurda me asaltó.

—Cielos, criatura —murmuré, aferrándola por un brazo—. ¿Sabe que, tal vez —sin proponérselo seriamente, acaba de abrir un resquicio de luz muy respetable en las tinieblas que me envolvían hace sólo unos segundos? Venga. Sólo por eso, creo que vale la pena que cenemos juntos. Es decir, si está dispuesta a aceptar que la invite...

—Será un placer, Dekker. Sobre todo, si se quita esa ridícula barbita y esa peluca.

—Entonces, habrá de ser en un discreto lugar que conozco, en Fisherman's Wharf... —dije con entusiasmo—. Y, de pasada, creo que haré una llamada a cierta persona...

El cangrejo y los mariscos habían estado excelentes, en la salsa especial de los pescadores. Solamente en Fisherman's Wharf podía comerse tan exquisito y bien cocinado.

A Dyan le gustó la cena. A mí también. Fue a su final cuando, tras darle muchas vueltas en la cabeza a mis ideas, hice una llamada telefónica a cierta persona.

Esperé un tiempo. Luego, la voz solemne, profunda, de hondos resonancias, retumbó en el auricular telefónico.

—Hickory Lee al teléfono —dijo—. ¿Quién molesta, importuno, mi meditación nocturna?

—Hickory, échame toda clase de culpas, pero te necesito —dije—. Te necesito urgentemente, amigo.

—¿Amigo? Esa voz despierta en mi mente recuerdos afectivos. ¿Quién se atreve a llamarme «amigo»?

—Soy yo —sonreí—. Dale Dekker.

—¡Dale! —estalló el vozarrón. Cambió su tono radicalmente—.

Oh, viejo zorro, haber empezado por ahí. Mi oído, después de todo, no es tan fino como mi percepción extrasensorial, compréndelo. Y menos con estos malditos chismes de hoy en día. Sabes que detesto el teléfono.

—Lo sé. Es sólo un elemento de trabajo. Hickory, nunca pensé en recurrir a ti, excepto como amigo. Ahora te necesito... como profesional.

—¡Profesional! ¡Qué término tan vulgar e indigno! Yo actúo por convicción íntima, —aunque luego cobre algo para ir viviendo. Acabemos, Dale, ¿qué necesitas de mí?

—¿No te sorprende mi llamada, diciendo lo que dicen de mí los diarios?

—¿Pero dicen algo de ti? ¿Qué has hecho, capturar al enemigo público del momento?

—Evidentemente, eres el mismo de siempre. Ni siquiera lees los periódicos...

—¿Por qué habría de hacerlo? Los seres vivos siempre mienten. Los periodistas, además de seres vivos, son unos malditos embusteros. Prefiero hablar con el Más Allá, escuchar lo que los espíritus traen a mi mente sensitiva...

—De eso se trata: de tu mente y de tus espíritus. Hickory, te necesito. Te necesito para mañana mismo. Quiero..., quiero que escuches la helada voz de los muertos.

—«La helada voz de los muertos...» —repitió—. ¿Qué singular y esotérica forma de referirte a ese fenómeno extrasensorial que me pone en contado con el reino de los muertos? Amigo Dale, ¿es que acaso tu escéptica y vulgar persona se ha visto iluminada por la luz reveladora de los...?

—Nada de eso —corté su verborrea—. Hablo en nombre de otro. Pero lo que quiero es...

Y se lo dije con minuciosa atención. Hickory Lee, mi viejo y chiflado amigo de mundos esotéricos y parapsicológicos, que conociera un día en un feo asunto, ayudándole a salir bien librado de él, me escuchó.

Y creí firmemente que estaba decidido a colaborar.

Eso ya era algo.

Después, desde otro lugar, utilicé un teléfono público para hacer otra llamada más breve.

Esta vez, a una persona muy diferente.

A otro viejo conocido, llamado Howard Corey, teniente de Homicidios.

CAPÍTULO VII

CUARTO ASESINATO

—¡Dekker! —aulló con voz ronca—. ¿Dónde diablos se ha metido? ¿Es que se ha vuelto rematadamente loco?

—Teniente, cálmese. No le voy a dar tiempo para que me tienda una trampa. Quiero que mañana, a las siete de la tarde, vaya a...

—¡Escuche, Dekker! —me cortó el policía—. ¡Sigue siendo buscado como sospechoso de homicidio! ¡No dificulte más su situación y entréguese, maldito sea!

—Lo siento, teniente. Dentro de una celda no podría hacer nada por demostrar mi inocencia.

—¡Tampoco podrá hacerlo por esas calles! Está acorralado, y lo sabe. El cerco se estrecha. Cuando caiga sobre usted, no va a tener resquicio para escapar a la ley. Sólo los verdaderos culpables huyen.

—Teniente, usted no está tan seguro como dice de mi culpabilidad. Sabe que mataron a Yvonne Jones cuando pretendía saber por qué le mintió, negando mi coartada.

—Sólo sé que iba con usted en ese momento, y una pistola silenciosa la mató. Todos los testigos le vieron una pistola en la mano. Y escapó, robando un taxi, además.

—Ése es mi único delito cierto —admití—. Teniente, acabo ya. Usted está ya moviendo sus peones, para que localicen la cabina desde donde llamo. Pero no le daré esa ventaja. Ya termino.

—¡Espere aún, Dekker!

—Ni un momento más. Mañana, al caer la noche, en Stahl Park, podrá hablar con los muertos.

—¿Qué? —masculló el policía—. ¿Qué locura es ésa?

—Quiera el nuevo heredero de la fortuna de Stahl o no, los muertos hablarán mañana. Su helada voz se escuchará, conforme

anuncia el epitafio del mausoleo de Wilburn Stahl. Y sólo los muertos, aquellos que están ya fuera de este mundo, pueden revelar la verdad... Porque los muertos que hablen serán tres: Wilburn Stahl, Velda Latimer e Yvonne Jones. Tres víctimas de un mismo asesino. Ellos nos dirán por qué están muertos y quién les asesinó.

—Añada el cuarto a su lista particular, Dekker —me replicó acremente Corey—. Si lo hizo usted, como sospecho, bien debe saberlo. Pero por si se diese el milagro de que es inocente, súpalo para su convocatoria.

—¿Un cuarto cadáver? —Me estremecí—. No es posible...

—Vaya si lo es. Lo hallaron esta misma noche, sin vida. Se trata de Baffs Lane, el antiguo guardaespaldas de Wilburn Stahl. Un coche le arrolló al salir de un gimnasio en O'Farrell

Street, el de Kingman. Hay fundadas sospechas de que el coche fue lanzado sobre él para matarle.

Colgué sin responder.

El gimnasio de

O'Farrell...

Yo mismo había pasado por allí aquel día, antes de reunirme con Dyan. Volví junto a ella, profundamente preocupado. Nos alejamos de

Fisherman's

Wharf, adonde tal vez los detectores telefónicos hicieran acudir pronto a las patrullas policiales.

—¿Todo hecho? —me preguntó Dyan, curiosa.

—Casi todo —asentí, encaminándome con ella hacia el aparcamiento donde dejara su coche—. Sólo espero que mañana sea posible esa reunión en Stahl Park...

—Lo dudo mucho —manifestó—. Tío Bradford no lo permitirá.

—Se hará, pese a quien pese, estoy seguro. Hickory Lee se las arregla muy bien para cosas así.

—¿Por qué en Stahl Park? —Frunció ella el ceño, inquieta.

—Porque allí empezó todo. Y allí deben flotar los que no descansan —dije, enigmático.

Me miró como si estuviera loco, y no pude reprochárselo.

—¿Piensa acudir usted, Dale? —me preguntó.

—Por supuesto —sonreí.

—¡Es una locura! Le darán caza fácilmente. Aquello es un cepo...

—Procuraré que no lo sea —dije calmamente. Y añadí luego —: Ah, por cierto. Acabo de enterarme: han matado a otra persona relacionada con Wilburn Stahl.

—¡Dios mío! —Palideció, mirándome con sus bonitos ojos color del tiempo muy abiertos—. Eso no será una broma...

—No me gusta bromear con ciertas cosas —dije secamente—. Se trata de Baffs Lane.

—¿El guardaespaldas? —Se estremeció—. ¿Le... le han matado?

—Un coche le arrolló. Pudo ser accidente, pero creo que no lo es. La policía tampoco lo cree.

—No podrán acusarle de eso a usted, supongo... —murmuró ella, tras una pausa.

—No esté muy segura —reí—. De todos modos, me ha parecido notar en el tono y las palabras de mi amigo, el teniente Corey, ciertas dudas sobre mi culpabilidad... Claro que quizá sea solamente algo personal, y aun creyendo parcialmente en mí, me entregue al fiscal bajo los cargos de asesinato de diversas personas. Por eso será mucho mejor que lleguemos a la verdad, y sepamos quién mató realmente a esas personas.

—¿Confía en saberlo... sólo con esa extraña reunión en Stahl Park? —dudó muy razonablemente ella.

—Sí —suspiré—. Llamaremos como testimonio a las únicas personas que pueden señalar a su asesino, que conocen su identidad: las víctimas...

Y esta vez sí que estuvo seguro de que la bella y joven Dyan Mitchell sospechaba muy profundamente de mi equilibrio mental.

La noticia de la muerte de Baffs Lane apareció en los diarios matinales con pocos detalles. Era un hombre sin relieve, un vulgar gángster de segunda fila, y su final no interesaba a nadie.

Solamente un periódico sensacionalista se preguntaba si no existiría una maldición capaz de aniquilar trágicamente a todos cuantos se relacionaron con Wilburn Stahl. Imaginé que la teoría sería muy del gusto de mi amigo, el extrasensorial Hickory Lee, si se hubiera dignado leer los periódicos, cosa hartamente improbable.

—Esperemos que Hickory Lee cumpla formalmente cada punto del asunto —me dije, mientras desayunaba al estilo chino, en mi

alojamiento oriental de Chinatown, en una bocacalle poco frecuentada de Grant Avenue, a la cual los chinos de San Francisco, mucho más poéticamente, denominaban La Calle del Millar de Faroles, y que era ruta invariable de los desfiles de dragones en la celebración de los festejos chinos.

Aqué era mi actual refugio, adonde no llegaba la redada policial fácilmente. Ciertamente que los agentes de Corey habían estado en dos ocasiones muy cerca de mi escondrijo, registrando las viviendas orientales. Pero el refugio de mis amigos, expertos en tales recursos, no fue hallado. Era tan difícil como localizar un fumadero de opio ilegal, en el corazón de la ciudad china de San Francisco.

A estas horas, imaginaba cursada la extraña e inquietante invitación a una serie de personas interesadas en el hecho: Brick Edwards, Cynthia Mayo, Dyan Mitchell, el propio teniente Corey... e incluso Bradford Stahl, el hermano llegado de Australia.

Todos ellos, presentes en Stahl Park, para asistir a un hecho increíble: la declaración formal de los asesinados. El testimonio pronunciado por la voz de los muertos...

Llamé a Hickory aquel mediodía, como habíamos convenido previamente. Yo no podía dar a nadie un número telefónico. Era un riesgo demasiado grande para mí.

—Dale, todo está hecho —dijo solemnemente, con su peculiar vozarrón profundo y resonante.

—¿A qué llamas tú «todo»? —quise saber.

—Tú me entiendes: las invitaciones. Una no pudo ser entregada. No me dijiste que el tipo estaría muerto...

—¿Baffs Lane? Yo no lo sabía anoche. Es igual. Le citaremos para la convocatoria, en el estrado de testigos. Tendrás uno más con quien hablar.

—No me gustaría que mi poder fuese utilizado como un truco de verbena. Dale —se quejó Hickory, muy digno.

Evitando revelar ironía o sarcasmo, me apresuré a responderle:

—No temas por eso. Será todo muy solemne... si se lleva a cabo. Y muy serio. Pero no me has dicho aún nada sobre lo más importante: ¿qué hay sobre Bradford Stahl?

—Naturalmente, se negó en redondo.

—Me lo temía.

—Eso fue al principio. Le expuse seriamente la fuerza de mis

poderes, y se mostró escéptico. Es un tipo muy astuto y receloso. Debíó pensar primero que era un farsante. Luego, mostró interés. Y terminó aceptando. Con un suspiro, dijo algo así como: «No me opondré a que mi propio hermano Wilburn nos exponga desde el Más Allá la verdad sobre su muerte».

—¿Y aceptó? —Me sentí incrédulo.

—¿Pues qué creías? —Sonó atronadora la voz de mi peculiar amigo—. Todo está hecho. Aceptó, y espera que al caer la tarde se produzca el prodigio, y los muertos hablen conmigo ante el panteón.

No le dije nada, pero yo pensaba diferente a él sobre la cuestión. Bradford Stahl debíá pensar que Hickory era un farsante o un chiflado, y quería divertirse a costa de él y de los demás. Tuve que dar mentalmente la razón a Dyan: Bradford era un Stahl, después de todo. Y un Stahl siempre disfrutaba haciendo sufrir a los demás de alguna forma...

—Ahora... —me dije a mí mismo, dejando el desayuno y los periódicos—. Ahora, a preparar mi asistencia a esa solemne sesión de contacto parapsicológico...

Naturalmente, estaba bien seguro de que ni Hickory Lee ni nadie estaba capacitado para hablar con los muertos. Su helada voz sin sonido, continuaría eternamente cerrada con ellos, en sus tumbas.

Pero tenía interés por ver hasta dónde conducía mi extraño y lúgubre experimento aquella tarde...

De haberse negado Stahl, hubiera tenido lugar en otro sitio. Pero el ambiente del pequeño y bello cementerio familiar de Stahl Park, y la presencia del suntuoso panteón de Wilburn Stahl, sería el escenario adecuado para la gran farsa.

CAPÍTULO VIII

LA VOZ DE LOS MUERTOS

Contemplé la escena a mi alrededor.

Policías en torno a la residencia, policías en los alrededores del cementerio...

Las sombras de la tarde, comenzando a caer. Luces eléctricas, de tono amarillento, en lomo al panteón magnificante.

Y un grupo de personas vestidas en tonos oscuros, con la única excepción de Dyan, que lucía un traje sastre de lana amarilla.

Amarillo. «El color de luto de los orientales», pensé con cierta ironía.

Corey me buscaba por doquier, eso era evidente. Debía intuir que yo estaba presente en la extraña reunión, en alguna forma. Pero no le era fácil localizarme, pese a todo.

Estaban presentes Cynthia Mayo y Dyan Mitchell, Brick Edwards y Bradford Stahl en persona. También el sargento Feldman, junio a Corey. Y presidiéndolo todo, Hickory Lee, mi amigo Hickory, el parapsicólogo que estaba convencido de poder hablar con los difuntos...

Era una encuesta informal y fantástica. No serviría para nada ante los ojos de la ley. Ni, posiblemente, ante sus testigos impresionados y en parte escépticos.

Hickory había montado su tinglado simple y dramático: una mesa con tapiz negro, un asiento y una misteriosa e intrigante caja también negra, rectangular y hermética, situada sobre la mesa.

Junto a todo esto, un hombre como ayudante suyo, silencioso y como en trance, erguido muy quieto al lado de una caja negra, lacada, de mayor tamaño, con forma de féretro cuadrangular.

Era divertido ver la curiosidad de Howard Corey, estudiando

repetidamente al silencioso ayudante de Lee, quizá pensando que era yo mismo, disfrazado. Sobre todo, era divertido verlo... desde dentro de la caja lacada, donde yo me hallaba tendido, bajo un falso fondo doble, también negro y lacado, que todos pudieron ver cuando el recipiente fue abierto. Luego, al cerrarse, levanté el fondo que accionaba un resorte silencioso, y pude respirar con mayor alivio, fuera del plano encierro inferior, sentado dentro del recinto oscuro.

Un orificio diminuto, dotado de un especial sistema de lentes, me permitía abarcar la totalidad del grupo reunido ante mí. Iba a ser un ignorado testigo de excepción en la ceremonia.

Hickory había aceptado a disgusto ciertas truculencias anejas, pero yo insistí en ello. La caja en que yo iba no la necesitaba en absoluto, ni tampoco su mesa tapizada de negro, pero formaba parte de la escenografía, y me era muy necesario. Ante mi insistencia, hizo de tripas corazón y se quejó de que se sentiría más un charlatán de feria que un severo y legítimo ser extrasensorial, en contacto con ultratumba.

El gesto más desdeñoso e incrédulo de todos era, ciertamente, el de Bradford Stahl, como yo presagiara. Su hermano Wilburn era, sin embargo, un creyente de ciertas cosas. Esperaba, cuando menos, que eso cambiara poco después, y Hickory Lee resultara convincente para su audiencia.

Interiormente, me sentía un poco avergonzado de toda aquella carpintería teatral, indigna de un cementerio y de un recurso tan poco noble como poner en solfa a cuatro personas ya difuntas. Pero alguien había dicho que el fin justificaba los medios, y esa maquiavélica conclusión la había hecho mía en este momento.

Esperaba que el posible descubrimiento de un frío y despiadado asesino justificara toda aquella farsa lamentable. Si mi teoría era cierta, había una posibilidad, una sola. Si no... el fracaso caería sobre Hickory y sobre mí.

—Señores, capto la presencia de las fuerzas situadas más allá de nuestro ámbito humano y tangible —dijo de pronto Hickory, con voz tan profunda y espectral que sobresaltó incluso al escéptico señor Stahl llegado de Australia, y obligó a que todas las miradas se clavaran en él, repentinamente inquietas.

Respiré hondo. Hickory había roto la primera barrera con su

súbito impacto verbal. Su voz, su palidez repentina, sus ojos cerrados, su respiración agitada y rítmica, hacían el resto, en aquel ambiente tétrico y sobrecogedor.

La farsa había empezado.

Un momento después, rígido ante la negra mesa, sus pálidas y huesudas manos se crispaban en el tapizado, su faz se contraía bajo la tensión que él sentía de buena fe, y su boca, en la caballuna y pálida cara, empezaba a distenderse en un gesto raro, que admití podía impresionar a la audiencia. Incluso Corey, boquiabierto, asistía al inicio de la rara escena.

—Ya noto la presencia de alguien... —jadeó Hickory—. Junto a mí... Flotando en la nada. Un ser que pide ser escuchado. Sí, es muy fuerte la impresión... Dejemos que hable. Dejemos que se exprese por sí mismo. Es... era una mujer. Una mujer llamada... llamada... Oh preferible que ella misma hable...

Y de repente, sobrecogiéndome incluso a mí, Hickory alcanzó su más alta cota de perfección al despegar de nuevo los labios, contraído el semblante.

Se me erizaron los cabellos cuando de su garganta brotó una voz de mujer, una voz convulsa, que me recordó la de alguien agonizando en mis brazos, en un pasillo...

—Soy Velda Latimer... —dijo la voz femenina, tristemente—. Quiero hablar de mi asesinato y señalar al culpable...

La conmoción fue inevitable. Brick Edwards se tomó de color ceniciento bajo la caja de bronce de sus radiaciones epidérmicas. Dyan Mitchell dilató sus ojos, ahora oscuros y trémulos, mordiéndose el labio para no gritar.

Hubo una instintiva contracción en los presentes, mientras por alguna causa que ignoraba yo, y que ayudó bastante en ese momento, las luces del cementerio oscilaron.

—Soy Velda Latimer repitió la voz de mujer. —Mi cuerpo, herido por la cerbatana automática del asesino que me siguió hasta la oficina de Dale Dekker aquel día, todavía, sufre el dolor de sentirse abatido por la maldad de un ser que merece castigo y aún no lo ha recibido... Yo cumplía órdenes, simplemente. Pero quizá no debí ser tan astuta. No debí pensar más de lo que me estaba permitido. Yo adiviné el complot. Yo observé detalles reveladores. Para todos, siempre tuve la desdicha de ser sólo una preciosa

muñeca de carne, rubia y deseable. Era más, algo más... Tenía talento. Y lo usé entonces, para mi desgracia... En seguida comprendí que corría peligro. Que se podía dar cuenta de lo que yo pensaba... Y así sucedió. Así ocurrieron las cosas. Esa persona actuó sobre mí para silenciarme. Y de paso, Dale Dekker se veía hundido un poco más en tan comprometedor conspiración contra él... Dale Dekker, elegido como víctima propicia, como culpable ideal de unos crímenes cometidos por otra persona... ¿No es cierto? ¿No estás escuchando tú cuánto digo... y sabes cuánta verdad encierra la voz de una mujer que ya no puede mentir donde se halla ahora, pidiendo justicia en nombre suyo y de los demás sacrificados...?.

Hubo una pausa tensa. La voz de mujer era nítida, patética. Ningún parecido con el tono de voz de Lee. Siempre había elogiado su facilidad para adoptar cualquier tono de voz. Pero aun yo mismo me sentía impresionado por tanta perfección. Era como si, realmente, un imposible testigo hubiera vuelto de las sombras para prestar declaración.

Los rostros estaban pálidos, contraídos. Nadie hablaba ni protestaba. Nadie parecía ver ya en todo aquello una ridícula farsa de feria. Ni siquiera Corey. Ni yo, diablos...

De súbito, una nueva convulsión en el rostro de Hickory, en medio del tenso silencio que siguiera a la primera confesión de ultratumba, alteró sus facciones. Sudaba copiosamente, sometido a una terrible tensión. Era el mejor actor que jamás vi, tuve que pensar. Los dedos se clavaban, dolorosamente crispados, en el negro tapiz de la mesa.

De repente, sufrí una sacudida emocional muy considerable.

Porque de la boca de Hickory brotó la voz de mujer, pero una voz distinta a la de Velda Latimer.

¡La voz de Yvonne Jones!

—Dale, perdóname... Perdóname el mal que te hice... Yo, Yvonne Jones, te ruego que me comprendas. Tenía miedo, mucho miedo... Una persona armada en mi casa, amenazas... Luego, dinero. Mucho dinero. Y mi palabra de no hablar, de no revelar tu coartada a nadie. De negar que estuviste conmigo... Dale, tú sabes que mentía, que estuvimos juntos aquella noche, desde las once y diez minutos hasta las doce y cuarenta...

Sentí un escalofrío. ¿Había sido yo tan minucioso al darle los

horarios a Hickory? Tal vez, pero... no lo podía recordar. Y aquella voz... Cierto que yo le describí la voz de Yvonne, su tono de muchacha nacida en Nueva Orleáns, pero de eso a modularla tan perfectamente...

—Teniente Corey, le mentí entonces... —Siguió la voz increíble que brotaba de los labios trémulos y deformes de mi amigo el parapsicólogo—. Lo hice por miedo más que por codicia. Pero era una suma considerable... Varios miles... Sí, teniente. Y ahí tiene a la persona culpable. Ante usted. El ser que me sobornó, para luego asesinarme disparando desde un coche aparcado una pistola con silenciador, sobre mi cuerpo... Debí imaginar que me vigilaban de cerca. Fui muy estúpida, muy torpe... y pagué mi torpeza...

Se extinguía casi su voz, cuando de repente pegamos todos un respingo, al brotar de labios de Hickory la voz sorda, arrastrada, áspera, expresándose en slang, en la forma vulgar y tosca de los bajos fondos, de un hombre rudo, violento casi:

¡Asesino! Yo no quería morir... Yo sólo quería vivir ya tranquilo con mis ahorros...

Asesino. Lanzó mi coche sobre mí, me aplastó sin piedad... ¡A mí, que nada malo quería a nadie! Entonces no supe, no podía saber... Yo nunca he sido demasiado despierto ni muy listo. Veía cosas, es cierto. Pero sospechaba poco de todo ello. Ahora, sí. Aquí... aquí lo veo todo claro. Vislumbré el rostro al volante. El rostro, el cuello alzado, la sombra sobre la cara... No bastó, asesino... Pude identificarle. No supe entonces por qué. Ahora lo sé... Ahora puedo declarar contra quien llevaba aquel coche maldito...

La tensión en el cementerio era insufrible ya. Sobre todos nosotros empezaba a pesar como una losa la presencia fría, silente, dorada y fría, del mausoleo de Wilburn Stahl. Un racimo de rostros pálidos, grisáceos casi, era el resultado de la increíble habilidad histriónica de Hickory para impresionar a su auditorio.

Ahora, sin duda, venía el golpe fuerte. El acto final de la farsa tétrica. Un solo difunto faltaba por hablar. Una sola víctima debía prestar declaración, aunque hasta ese momento, nadie en realidad de los «invocados» allí por la magia teatral de Hickory, había formulado acusación concreta alguna contra nadie.

Todos se miraban entre sí, desasosegados e inquietos. Nadie

revelaba ya escepticismo, ni siquiera Corey o Bradford Stahl.

Yo, por mi parte, sólo seguía las reacciones de una persona en concreto: la que yo creía culpable. Si estaba en un error, todo aquello sería en vano. Eso, ahora se iba a ver. Cuando acudiese la voz de Wilburn Stahl, desde el frío de la muerte...

La tensión en la faz de Hickory alcanzó su clímax. Casi no se parecía, de tan convulso y estirado que se mostraba. El sudor resbalaba copioso por su faz, dándole un brillo fantasmal.

Tan súbita y dramáticamente como en anteriores ocasiones, la voz masculina brotó de labios de Hickory:

—Dejadme... Dejadme hablar a mí... A mí, que reposo en este panteón hermoso y lleno de oro y de mármoles preciosos... ¿Por qué? ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Por qué tuvo que sucederme esto? Fue un engaño, todo un engaño. A todos los engañaron, incluso a mí... No quiero seguir encerrado en este panteón digno de un rey... No lo necesito. No lo merezco. Tampoco lo deseo... Sólo una tumba. Una tumba cualquiera, humilde y escondida... Esto no se hizo para mí... Esto se hizo para hombres como... para hombres como la persona que me asesinó esa noche... ¡Quiero salir, quiero abandonar este mausoleo que no me corresponde!...

La voz extraña, ronca, que nadie parecía reconocer como perteneciente a Wilburn Stahl, se elevaba de labios de Hickory, en un trémulo chillido de protesta.

Y, como un subrayado demencial, como algo que ni el más optimista podía esperar, algo en el panteón suntuoso emitió una especie de crujido, como si el mausoleo de Wilburn Stahl fuese presionado por algo... o por alguien desde su interior.

Esta vez pude notar mis cabellos erizados. También los de alguien...

Alguien que, con un repentino grito desgarrador, trémulo, inhumano casi, alzóse con su mano abierta, aullando en la noche, con ojos desorbitados, fijos en el panteón:

—¡Nooo! ¡No salgas de ahí! ¡No habléis más! ¡No lo soporto! ¡Oh, Dios, no! ¡Nunca pude creer que mi convicción sobre la voz de los muertos... fuese cierta! ¡Nunca esperé oír vuestras voces acusándome! ¡Sí, teniente Corey! ¡Sí, escuchadme todos! ¡Yo soy! ¡Yo maté a Velda Latimer, a Baffs Lane, a Yvonne Mitchell... y al hombre que ahora reposa ahí dentro como Wilburn Stahl! ¡Porque

yo soy Wilburn Stahl!

Y el hombre llegado de Australia, el supuesto hermano de Stahl, el llamado Bradford, cayó de rodillas, convulso, espumeantes los labios, desorbitados sus ojos en el ancho rostro grisáceo, presa de una auténtica crisis de histerismo, dominado por sus nervios rotos súbitamente.

El teniente Corey, aturdido aún, caminó hacia él. El sargento Feldman sacó unas esposas. Cynthia Mayo estalló en un sollozo. Yo, dentro de la caja lacada, respiré hondo, disponiéndome a salir.

Mi teoría había resultado. Dyan Mitchell me dio la solución con su breve y casual comentario, la noche antes.

El culpable era quien yo pensé. Lo sucedido, era como yo imaginé.

Ahora había un culpable.

Un culpable que esta vez sí era el auténtico. El que tenía varios crímenes sobre su conciencia.

Un culpable llamado Wilburn Stahl, el hombre de oro.

Yo había acertado de lleno.

CAPÍTULO IX

¿TODA LA VERDAD?

—¿Cómo pudo acertar algo tan complejo, Dekker?

Miré al teniente Corey, que me hacía la pregunta. Respiré hondo. A mi lado, Dyan Mitchell era una atenta oyente. Y el roce de su mano, apretando la mía, resultaba muy confortante.

—Fue Dyan quien me dio la clave —dije.

—¿Yo? —Parpadeó ella—. Sólo te dije que podía ser suplantador tuyo el que salió fotografiado. No resultaba difícil buscar a alguien de parecida figura a la tuya, de rostro semejante... Un retoque oportuno engañaría a un objetivo fotográfico.

—Exacto. Era la pista más sorprendente y sencilla de todas. Porque era verdad. Así hicieron esa fotografía. En cuyo caso, todo estaba montado para que yo apareciese como culpable. Si la noche antes ya planearon eso, la visita de Velda tenía un objetivo siniestro: complicarme en un crimen, como culpable. Velda sospechó ciertamente algo, porque conocía bien a Wilburn, en el poco tiempo que le trataba, y era verdad que ella no era nada tonta. De ahí que fingiera, suponiéndose vigilada, al llegar a mi oficina. Pero la mataron, pese a todo. Antes de que me contara sus temores, me pagara como cliente mía, y me explicase lo que la traía allí. Matar a Velda disgustó a Wilburn Stahl, pero era necesario acabar con todo el que sospechara algo. Se jugaba demasiado en su complot fantástico, enrevesado y complejo como él mismo, un desafío más a la astucia ajena, juego que era su favorito. No quería correr riesgos.

—Pero todo eso... ¿para qué? ¿Por qué fingirse muerto y aparecer con otra identidad, utilizando lentillas y cabellos falsos? —dudó Corey.

—Porque así mataba una personalidad molesta y peligrosa: la de Wilburn Stahl, cuya culpabilidad en la matanza de unos guardacostas y de unos pescadores en alta mar, durante un alijo costosísimo de estupefacientes ante las cosías californianas, iba a ser probada gracias a una indiscreción de una popular revista escandalosa de Los Ángeles. Desaparecido legalmente Wilburn, daba nueva vida a su hermano Bradford, muerto realmente en el interior de Australia años atrás, y todo quedaba igual: Bradford nunca podría cargar con responsabilidades ajenas, pero sí con el oro de Wilburn, como único heredero universal.

—¿Y el cadáver de Stahl? —me recordó Corey—. Siempre se dijo que era difícil hallar a alguien parecido a Stahl...

—Y así es. Fue difícil, pero el dinero y la perseverancia lo logran todo. Después de hallado alguien de tipo y rostro similares, una serie de operaciones de cirugía plástica le darían el aspecto casi idéntico al de Wilburn. No quería cometer el error de recurrir al socorrido procedimiento del cadáver abrasado, irreconocible o mutilado, para engañar a la ley. Era preciso dejar bien sentado que Wilburn Stahl estaba muerto. Eso detendría el proceso por asesinato colectivo, que le llevaría sin remedio a la cámara de gas. Para quien tiene tantas infamias sobre su conciencia, alquilar a un hombre parecido a él, adaptarle hasta la perfección casi total su apariencia, y asesinarle luego personalmente, utilizando un procedimiento rebuscado, muy digno de él y de su mente, no era tarea difícil ni compleja. Así lo hizo. Recuerden que alguien dijo que Wilburn Stahl, vivo, era difícil de confundir con otro, si no imposible. Pero muerto, eso resultaba más sencillo, tras tener al adecuado sosias. El mausoleo encerraría para siempre el secreto de su identidad, y Wilburn seguiría disfrutando de su fortuna.

—¿Cómo sospeché todo eso?

—Porque recordé que a Stahl le gustaban las charadas, los retorcimientos, los alardes imaginativos... Todo eso coincidía. Y también justificaba todos los hechos: encontrar un crimen, una víctima... y un culpable. Ése era yo. Lo de Yvonne Jones lo echaba todo a perder, tras haberse buscado a un falso Dekker que, sin duda, fue muerto más tarde, y hecho desaparecer su cuerpo. Todo lo planeó y realizó personalmente Wilburn Stahl, sin ayuda de sus esbirros. También me hizo sospechar el hecho de que los esbirros y

personas afines a él, fueron alejados de Stahl Park cuando llegó Bradford. Era para que nadie pudiese un día identificar al hermano, dándose cuenta de que era en realidad el difunto. Me temo que tú, Dyan, y la propia Cynthia Mayo, hubierais seguido en la lista de sus víctimas, como simples accidentes en apariencia.

—Dios mío... —Se estremeció Dyan, cerrando los ojos—. Tío Wilburn está loco...

—Me temo que el oro enloquece a la gente de soberbia, complejos de superioridad y ausencia total de escrúpulos —sentencié—. Por fortuna, tu tío tenía solamente un talón de Aquiles por explotar: ciertas creencias esotéricas que podíamos manejar. Por ello recurrí a Hickory. Y si al principio accedió a la farsa, fue porque creía realmente burlarse de todo aquel juego, y Stahl disfrutaba con la idea de ver asustados e inquietos a sus conocidos y parientes. No esperó nunca que cayera en la red del terror y la angustia, terminando por confesar, hecho un pelele, vencido por la habilidad de Hickory... y también, justo es decirlo, por una serie de afortunadas coincidencias, como el crujido del mármol en el mausoleo, y el temblor inicial de las luces...

—Luego se volvió atrás, pero ya le habíamos quitado las lentillas, su cabello especial, adherido a su cráneo, y comprobado sus huellas dactilares. El cuerpo del falso Wilburn ha sido sacado del panteón para su examen. Se le podrá acusar de todo, Dekker. Usted queda libre de sospechas... y él será acusado. Espero que termine en la cámara de gas, aunque ello sea otra desagradable experiencia para usted, señorita Mitchell, como pariente de él.

—Debo aceptar todo esto como algo inevitable, que él se buscó —suspiró la joven, mirándome a los ojos—. Por cierto, Dale: ya he expuesto mi deseo de renunciar formalmente a la fortuna de los Stahl.

—¿Qué dices? —estallé—. ¿Renunciar a millones y millones de dólares, muchacha?

—Es un dinero elevado a pilas sobre sangre y cadáveres, sobre crímenes e infamias —dijo ella—. No aceptaré un solo dólar. He decidido que se dedique a una fundación de tipo benéfico para ciencia, medicina y ayuda a los necesitados.

—Es hermoso —suspiré—. Pero poco práctico.

—No te las des de duro ni desalmado, Dale —rió ella entre

dientes—. Sé cómo eres. Y en el fondo, te encanta que lo haga así.

—Te seré sincero: me encanta, porque podré invitarte otra vez a Fisherman's

Wharf, a probar crustáceos y mariscos. Sería muy molesto invitar a una muchacha forrada en oro, cargada de millones. Me haría sentir... inferior y miserable.

—Sí, creo que sería muy molesto tener tanto dinero. Puedo ganarme la vida. Y cuando encuentre a alguien capaz de soportarme, quiero que sea alguien que me mantenga con su trabajo, y no que me busque por mis millones, o que se sienta asustado por ellos.

—Sí, eso es cierto —afirmé, mirándola fijamente—. Necesitas un hombre así. Encontrarás muchos, estoy seguro.

—Yo me conformo con uno —sonrió, aunque me miraba muy seriamente y muy fija—. ¿Vamos ya a esa cena que me ofreciste, Dale?

—Claro que sí —afirmé—. Ah, por cierto. Hoy prometí que invitaría a cenar a Hickory Lee. Está ahí afuera esperando. Mejor será que le dé unos dólares y se vaya a un buen restaurante. No sería cómodo cenar junto a un hombre capaz de invocar a todos los espíritus habidos y por haber...

Nos despedimos de Corey, que sacudió la cabeza, sonriente, al vemos salir. Hickory Lee nos aguardaba, con su apacible aire bobalicón de siempre, en la antesala del despacho policial de donde un día huyera jugándome el pellejo. Me pareció imposible que aquel tipo pudiera transformarse de ese modo en una representación como la de aquella noche en el cementerio de Stahl Park.

Aceptó los diez dólares que le tendí, muy gustoso. Se despidió de nosotros, disponiéndose a partir y dejando que Dyan y yo nos encamináramos por nuestro lado, muy juntitos, hacía

Fisherman's

Wharf.

Pero antes se detuvo un momento, se rascó la cabeza y, mirándome por encima del hombro me dijo, muy abatido:

—Ah, Dale, yo..., yo siento si la otra noche no representé demasiado bien mi tarea, pero nunca me ha gustado jugar con esas cosas, como en una feria. Luego..., luego no sé qué me ocurrió, pero

no recordé una sola palabra de cuánto tú me dijiste para aleccionarme... y creo que me quedé en trance, como dormido. No sé absolutamente nada de lo que sucedió... pero espero que todo fuese bien.

Le miré, atónito. De nuevo un escalofrío recorrió mi espina dorsal, como la noche de la extraña sesión.

—Sí, Hickory —dije, apretando mucho la mano de Dyan, que había quedado repentinamente fría entre mis dedos—. Lo hiciste todo bien. Muy bien...

Se alejó, satisfecho.

Yo me pregunté si me habría dicho la verdad, o pretendía ante todo dejar bien sentado que él era un parapsicólogo y no un farsante.

Me lo pregunté entonces.

Y creo que seguiré preguntándomelo siempre...

¿Qué escuchamos aquella noche? ¿Las facultades de ventrilocuo excepcional de un excelente actor... o la helada voz de los muertos?

Sí. Aún hoy me lo pregunto.

Y también Dyan. Mi esposa, la señora Dyan Dekker...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Verídico. < <